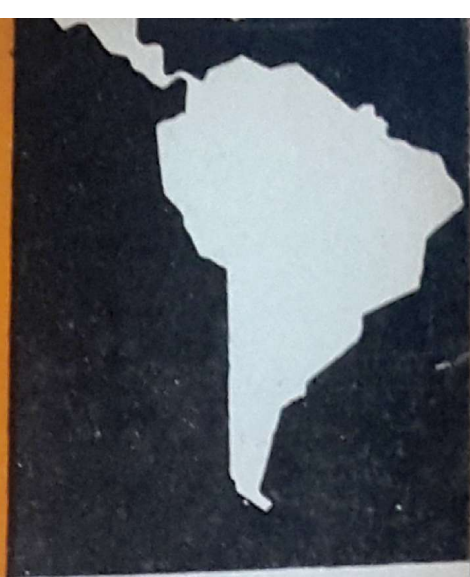


# Izquierda Nacional



Buenos Aires

Número 33

# 1974: EL AÑO DE LA PESTE

**Discusión Ramos-Delgado: el  
Ejército, el Partido y la Revolución**

**ANDRESITO ARTIGAS:  
Caudillo del Ejército Guaraní**

BUENOS AIRES

ENERO DE 1975

## SUMARIO

### *Editorial*

1974: EL AÑO DE LA PESTE  
por Jorge Abelardo Ramos

AL CORRER DEL MES ..... 1

DISCUSION RAMOS-DELGADO ..... 2

TERRORISMO Y MARXISMO  
León Trotsky ..... 17

ANDRESITO ARTIGAS  
Salvador Cabral ..... 20

LOS SOVIETS EN 1917  
Textos de John Reed ..... 28

LECTURAS CRITICAS ..... 32

TRIBUNA DEL  
SOCIALISMO  
REVOLUCIONARIO

*Director:*

JORGE ABELARDO  
RAMOS

*Secretaria de  
Redacción:*

MERCEDES GRIMAU

*Colaboradores:*

LUIS VICENS  
CAMILO GONZALEZ  
JORGE ENEA  
SPILIMBERGO  
BLAS M. ALBERTI  
ALBERTO GUERBEROFF  
JULIO FERNANDEZ  
BARAIBAR  
HECTOR ALONSO  
JORGE RAVENTOS  
OSVALDO CALELLO  
ENRIQUE LACOLLA  
JORGE SCALISSE  
ROBERTO CASTILLA  
LEONCIO BUENO

*Correspondencia:*

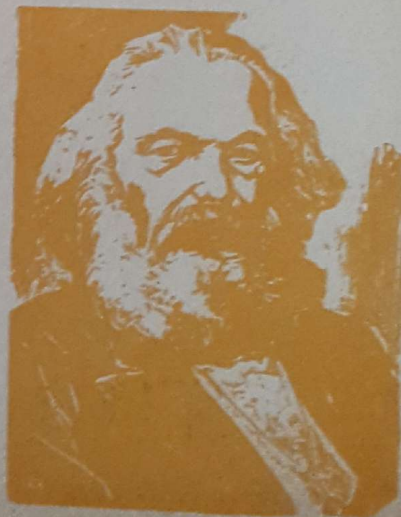
CASILLA DE CORREO 323,  
CORREO CENTRAL,  
BUENOS AIRES,  
ARGENTINA

PUBLICACION MENSUAL

*Distribución:*

Arturo Apicella e Hijo.

Impreso en COGTAL  
RIVADAVIA 767



---

# 1974: EL AÑO DE LA PESTE

por **JORGE ABELARDO RAMOS**

---

A comienzos del año 1973, el vasto movimiento de masas que había asestado en 1969 un golpe mortal a la dictadura militar oligárquica, crecía sin cesar. Al obtener su victoria parcial con el triunfo de Cámpora, se preparaba un nuevo avance con el triunfo aplastante de Perón el 23 de setiembre. Parecía desvanecerse como una pesadilla el pesado fardo de 18 años de reacción política y social.

Algunos signos, sin embargo, presagiaban graves problemas: la ola de terrorismo no decaía sino que, por el contrario, tendía a aumentar y multiplicaba sus víctimas. A las 48 horas del triunfo del Frejuli y del FIP en el 23 de setiembre, un grupo afín al peronismo asesinaba a Rucci, secretario de la CGT y obscurecía el significado del gran acontecimiento en el espíritu público. El sector juvenil pequeño burgués, recientemente incorporado al peronismo y algunas de las "formaciones especiales" (alentadas y así bautizadas por Perón en la época de la dictadura militar) se volvían ahora contra el mismo Perón y le fijaban condiciones para continuar brindándole su apoyo. Ya el 20 de junio de 1973, el regreso de Perón había concluido en Ezeiza con una masacre.

Pero de todos los modos, parecía que los malos años habían quedado atrás y que, al fin y al cabo, la presencia del anciano caudillo en tierra argentina, su ascenso a la presidencia y el triunfo popular abrían un período nuevo y fecundo en la historia nacional. Todo el mundo tenía la sensación de que, por lo menos, los asuntos del Estado no serían resueltos por la voluntad de tres comandantes sino por un gobierno representativo, apoyado por la libre elección de siete millones y medio de argentinos.

Contra todo lo esperado, el año 1974, que acaba de concluir, comprimiría en poco más de 300 días, dramáticos acontecimientos de las filas del movimiento justicialista. Si esta

tal trascendencia histórica y de tal densidad trágica, que no hemos vacilado en calificarlo como *el año de la peste*. Ha sido el año de la muerte de Perón, un hecho largamente deseado por el viejo patriciado y que, por el contrario, llenó de temor y de incertidumbre aún a sus más tenaces enemigos. Ha sido el año de la muerte de Arturo Jauretche y de Juan José Hernández Arregui. Fueron asesinados desde Ortega Peña y Silvio Frondizi hasta Arturo Mor Roig, Giordano Bruno Genta y el comisario Villar, desde docenas de obreros y estudiantes hasta innumerables militares, sindicalistas y policías.

En 1974 desaparecieron nuestros compañeros Alfredo Terzaga, el más brillante marxista de Córdoba y uno de los primeros del país, cuyo libro inédito, "Historia de Roca", pronto saldrá a la luz. Carlos Llerena Rosas y Tomás Guillermo Burns, asimismo militantes del FIP, cayeron asesinados. Murió Aino Cristensen, nuestra querida compañera de Salta. Dijimos adiós a Bernal, otro militante entre nosotros que traía consigo el eco de la España revolucionaria. Sea porque la vida concluyó para ellos, sea por obra del crimen, entre ellos figuran algunos de los compatriotas y compañeros más eminentes. El año 1974 quedará en el recuerdo con el gusto amargo que despierta la rutina de la muerte. Por esa razón no caben dos interpretaciones diferentes acerca del terrorismo desatado.

La Revolución Libertadora desencadenó algunos atentados, pero el triunfo del peronismo ha bañado de sangre al país. Esto quiere decir que los terroristas (de la micro-izquierda o de la micro-derecha) se proponen dejar el terreno limpio para que ocupe el lugar una dictadura imperialista.

Las mejores medidas del gobierno, por lo demás, notablemente moderadas, están ensombrecidas por la furia homicida de los grupos para-estatales y de sus hermanos gemelos del otro lado: aquellos que matan al niño de Laguzzi se equiparan, por el con-

texto histórico y político de sus actos, con los que matan a la hija del capitán Viola. No hay diferencias entre los asesinos de ambos bandos. Los que se creen de izquierda, ya han ingresado a la psicopatía criminal de los que no se revuelven contra la sociedad capitalista sino contra cualquier tipo de organización social. Han pasado, muchos de ellos, de la degradación política de la izquierda cipaya, del oportunismo, al aventurerismo y de allí al terrorismo. En ninguno de tales grupos ha quedado un gramo de ideología socialista o marxista. Al abrazar la violencia por la violencia misma, se han sustituido a la clase obrera y al pueblo, se han declarado vengadores del universo y han intentado engañar al pequeño burgués desorientado e indefenso que llevan adentro con la ficticia omnipotencia que otorga una pistola. Los terroristas de la 'derecha', sean elementos pro fascistas, ex policías, policías en actividad o miembros de las FF. AA., cometen sus actos de terror y sadismo en nombre del orden y como venganza por los crímenes cometidos por los anteriores. Pero así como los terroristas de la "izquierda" sólo preparan con sus actos el camino a una dictadura del gran capital, los terroristas de la "derecha", que actúan en nombre de la patria y en pro del actual gobierno, sólo contribuyen, junto a los anteriores, a facilitar el derrocamiento de Isabel. Como ha ocurrido siempre en la historia, ningún terrorista ha recogido para sí mismo los frutos funestos de su acción. Las clases sociales dominantes los impulsan y luego los eliminan.

El papel de la personalidad ha sido siempre un tema de discusión entre los marxistas. La brusca desaparición de Perón en 1974 agrega nuevos elementos de juicio para avivar tal debate. Pero lo que no ofrece ninguna duda a seis meses de su muerte, es que los herederos, que constituyen un equipo político notorio, no han logrado imprimir a su acción un sentido de continuidad histórica por lo que resulta evidente que la gran herencia se encuentra en peligro. La famosa verticalidad de que se habló siempre en el peronismo, era expresión de la decisiva influencia ejercida por el Ejército en la fundación y organización de ese movimiento en 1945.

Pero sin la presencia de Perón, ese verticalismo está sujeto a discusión dentro de discusión no asume estado público, sólo se explica por la influencia que ejerce el Estado sobre el partido. Todas las clases, tendencias, grupos y perspectivas ideológicas que encierra el peronismo, están sofocadas por la hegemonía del Estado y por el control que el núcleo dirigente ejerce sobre el Estado. Pero esto no quiere decir que tales

componentes dinámicos no vivan en el peronismo. Si la conducción política actual del gobierno no acierta a encontrar el rumbo para llevar la revolución nacional hacia adelante y

Si hace excesivas concesiones al Ejército de Lanusse, que es el actual Ejército;  
Si favorece el ingreso del capital extranjero según los puntos de vista del Dr. Gómez Morales;

Si no replantea una vigorosa democracia sindical que liquide las cristalizaciones burocráticas del pasado;

Si no tiende un puente hacia las aspiraciones democráticas y nacionales de la pequeña burguesía en el área de la educación, la cultura y la Universidad, así como en el respeto de las libertades públicas y personales;

Si no avanza hacia la reconquista de las grandes inversiones imperialistas en la economía argentina;

Si no reformula una ley agraria, que costó el cargo al ingeniero Giberti, y la vida a nuestro compañero Llerena Rosas y suprime a la oligarquía terrateniente,

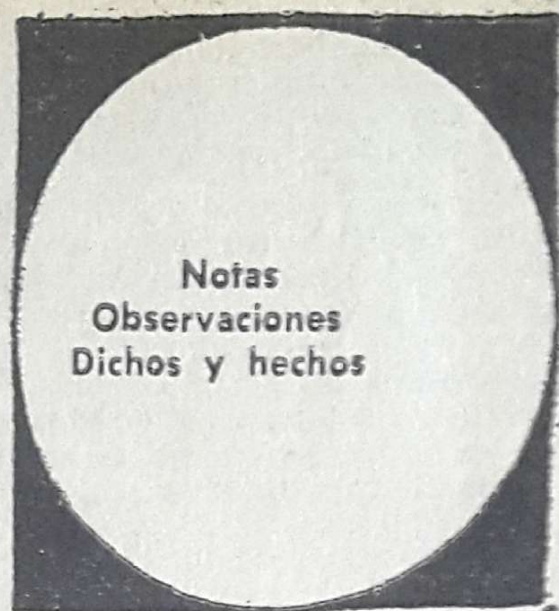
... Si no se advierten y alcanzan tales metas, el gobierno sin Perón tropezará con el mismo abismo que enterró a Perón en el año 1955.

En el otro polo, la oposición de los "nueve", de Balbín a Coral, con el piadoso, obediente y "rebelde a reglamento" Dr. Alfonsín, se ve ampliada con la reiniciación discreta, pero no menos real, de la actividad política del general Lanusse. La doctrina del antiperonismo clásico es dejar que el justicialismo pierda su pelo uno a uno, como poncho de pobre. Quieren esperarlo en 1977, e írsele encima. La historia es más astuta que el cazurro jefe de un radicalismo moribundo. Dejemos los cálculos para otra oportunidad. Si Balbín extrema sus cuidados para no herir gravemente al gobierno exhibiendo sus torpezas (¡Ottalagano dixit!) no es justo porque el radicalismo no se sienta alarmado por los avances de estos neo-hombres de Neanderthal que han aparecido en la superficie de nuestra tierra, sino porque Balbín teme que una crítica aguda de tales errores preste a los sectores militares los argumentos políticos y la base civil para un nuevo pronunciamiento del Ejército. En ese

(continúa en pág. 34)



AL CORRER  
DEL MES



Notas  
Observaciones  
Dichos y hechos

### UN TRIUNFO OLIGARQUICO

El Ministro de Economía, Dr. Gómez Morales, ha enterrado, como sabemos, el proyecto de ley agraria del ingeniero Giberti. Las grandes entidades "madres" de los terratenientes están seducidas por el nuevo Secretario de Agricultura, ingeniero Emery. Pero, de todas maneras, exhalan sus habituales quejidos, porque advierten que el equipo económico nuevo planea algunas formas de impuestos, que aunque menos crueles que la ley enterrada, sacarán algo de las alforjas de la oligarquía. Decía Antonio García, el socialista colombiano, que la oligarquía agraria en Colombia siempre aspiró a controlar el poder político de ese país para no pagar impuestos. Esto parece muy elemental, pero resulta perfectamente lógico si se examina a la luz de la historia la conducta política de la oligarquía latinoamericana y su profundo parasitismo. Sin abusar del profetismo, podemos adelantar que el idilio entre Gómez Morales y los terratenientes puede terminar mal. No porque Gómez Morales sea un revolucionario (librelo Dios de tal cosa al economista académico) sino porque: a) la oligarquía es una vieja viciosa e insaciable; b) el bloque de clases en el gobierno, de algún modo, tiende a traducir la política de un Estado burgués que propende al capitalismo. Esto deberá verse por la actitud del fisco a robustecer sus finanzas y a invertir más allá de todas las fantasías estabilizadoras del Ministro de Economía.

Ambas bandas no tienen, si es que han tenido alguna vez, ningún signo ideológico justificativo. En todo caso, la ola de criminalidad insensata, que ya ha empezado a manifestarse también en el Perú revolucionario, persigue claramente el objetivo de conmovier al gobierno elegido por las mayorías y permitir su caída. Algún sector de la pequeña burguesía que alguna vez, en épocas de la dictadura militar, miró con simpatía los actos terroristas ahora observa con repugnancia los atentados, lo que no quiere decir que la política general del gobierno, sobre todo en el área universitaria, despierte la menor adhesión de las clases medias. Por el contrario, es aquí donde se manifiesta más claramente la desorientación política del gobierno peronista.

Muchos de sus integrantes temen avanzar en la realización del programa revolucionario nacional, por temor a que las fuerzas armadas vean en tales medidas la influencia de los grupos terroristas. La "rechización" del gobierno sería, en tal caso, un paso más hacia la pérdida de su significado y sustancia. En otras palabras, el terrorismo pro imperialista habría cumplido su misión, esto es, debilitar al gobierno y alejarlo de las simpatías populares. Por el contrario, la única y verdadera fórmula contra el terrorismo criminal consiste en hacer la revolución nacional, por la cual votaron las masas el 23 de setiembre de 1973.

agraria significa la primera de las grandes transformaciones sociales del Perú, pero de ninguna manera es la única; creo que forma parte de una orientación política muy clara destinada a reconstituir los fundamentos de la sociedad peruana y a transformar, esto es, sustituir el sistema tradicional para crear en el Perú un ordenamiento social, político y económico esencialmente distinto al que prevaleció antes de 1968. Y esto se realiza dentro de una atipicidad muy clara, donde los factores heterodoxos priman hasta conformar un conjunto de acciones y de planteamientos —que eso es el proceso revolucionario peruano— completamente nuevos, que obliga a repensar, a visitar muchos de los lugares de teoría política contemporánea y muchas de las experiencias surgidas de las praxis de otros procesos de transformación en el mundo contemporáneo. Y uno de estos factores de atipicidad, es que todo este proceso se inicia a partir de la acción institucional de una Fuerza Armada que históricamente había sido uno de los elementos, de sostén del orden establecido en el Perú. Esto es una conquista muy grande: la Fuerza Armada, sin ruptura de su unidad y sin renegar de su ancestro, por decirlo así, reformuló su propio papel en la sociedad peruana.

RAMOS: —¿Te puedo interrumpir?

DELGADO: —Claro.

RAMOS: —Eso me recuerda el asunto del Ejército argentino y del Ejército latinoamericano en general. En realidad, la atipicidad del Perú en relación al Ejército, es una característica común de la América Latina semi-colonial, en tanto que el Ejército es el brazo armado de la clase media, que a veces sufre el destino funesto de ser instrumento de las clases dominantes, y otras se transforma en el instrumento de la voluntad popular. Y esta contradicción social en que se ha movido el Ejército latinoamericano es lo que explica los cambios en el Perú. En este caso, en la madurez del siglo XX, el Ejército peruano, como hace treinta años el argentino, abre el camino para una reformulación de la estructura social. Esa contradicción fluye del papel que juega la clase media latinoamericana.

DELGADO: —A mí me parece que un análisis clasista no aporta luces definitivas para la comprensión global del fenómeno. El origen social de los oficiales del ejército peruano no explica de manera total y satisfactoria el cambio posicional de la institución castrense en el Perú. Es el mismo origen de otras Fuerzas Armadas en otros países latinoamericanos, que sin embargo juegan un rol reaccionario. Me parece que hay

un conjunto de factores que aportan una explicación que, si no total, si aproximativamente mucho más satisfactoria que una interpretación surgida de consideraciones de clase social como origen y procedencia de los integrantes de la Fuerza Armada...

RAMOS: —Sin embargo, Carlos, permíteme que te diga que, en este sentido, el pensamiento marxista, que ha sufrido toda clase de transformaciones desde que llegó...

DELGADO: —Perversiones, dí.

RAMOS: —... desde que llegó en los barcos de Europa, tiene sin embargo una enorme fertilidad, a condición claro de que le demos la necesaria independencia creadora. En América Latina, integrada por pueblos sin historia, como decían orgullosamente los historiadores occidentales hace dos siglos, existen las clases sociales; en forma embrionaria, tendencial, son el equivalente de las mismas clases sociales existentes en la Europa desarrollada. En tanto que existen, es que a veces el Ejército, en virtud del carácter primitivo de esas clases, de la insuficiencia de la burguesía nacional, de la debilidad de la clase obrera, en algún momento sustituye al *Troisième Etat* de los franceses, y ejerce el papel de reestructurador del Estado. De modo que esa debilidad de las clases, testimonio del atraso histórico de América Latina, permite que el Ejército, en ciertos momentos, aparezca como partido de una clase, y apele a métodos bismarckianos para resolver los problemas que las viejas clases de Europa resolvieron bajo la forma del *Tercer Estado*. Es en este sentido que podemos aproximarnos, sin afán de codificar, de envanecernos con una ilusoria sacra ciencia marxista, a nombrar por nuestra cuenta las cosas que nos ocurren a los latinoamericanos, liberándonos de esa pesada herencia española del siglo XVI, señalada por el Padre Acosta, cuando decía que los españoles de aquí ponían nombres de Castilla a las cosas de Indias.

Por ello no digo que el Ejército peruano realiza una política burguesa; estoy seguro, en todo caso, que el Ejército peruano realiza, por otros medios, lo que las burguesías del siglo XVII y XVIII, de Inglaterra o de Francia, realizaron mediante un lento proceso histórico o mediante el hacha o la guillotina.

Te voy a contar una anécdota. En junio del 68 yo regresaba de Europa y estuve unos días en Lima. Di algunas conferencias, no recuerdo si en la Universidad de San Marcos o en la de Ingeniería. Traté allí de llevar a los estudiantes, hipnotizados por lejanas voces, como siempre, ciertas coordenadas que me parecían posibles en el Perú. Entre las hipótesis no figuraba la de un golpe militar como el que se dio. Para evidenciar mi esca-

so poder profético, tan sólo cuatro meses más tarde, éste ocurrió. Es que en el Perú el Ejército no tenía antecedentes que permitieran preverlo. Quizás sea que la musa de la Historia es mujer e imprevisible. Debemos aproximarnos a los nuevos fenómenos sin prejuicios y sin nombres hechos.

DELGADO: —Yo haría algunos comentarios a lo que has dicho. En efecto, lo que está sucediendo en el Perú tiene que ser comprendido desde un punto de vista nuevo, no puede ser comprendido con los modos del pasado. En segundo lugar, nada de lo que tú dices invalida, por el contrario, avala, señalar la necesidad de ser conscientes de que cuando en teoría marxista se habla de clases sociales, y con esta misma expresión se denominan a fenómenos sociales supuestamente similares que existen en países como el Perú, se comete un serio error. Porque la similitud denominativa tiende a encubrir una disimilitud real, social, muy concreta. No es que en países como los nuestros no existan clases sociales, sino que ellas existen de manera muy diferente a sus supuestos equivalentes en las sociedades capitalistas de alto desarrollo. Y de acuerdo a la propia lógica del razonamiento marxista, de acuerdo a Marx, las clases sociales son el resultado del sistema capitalista. Quiere esto decir que allí donde no haya un sistema capitalista desarrollado no existirá un sistema de clases desarrollado. Un sistema incipiente y larvario como el capitalista peruano, no podrá generar un sistema de clases complejo, completo.

RAMOS: —Perdóname, Carlos. Has llenado a un punto clave. Marx en modo alguno sostiene que las clases sociales son el resultado necesario de una sociedad capitalista. Las clases existen antes del sistema capitalista: lo que hace éste es formar y desarrollar cierto tipo de clases. Ahora, y en esto estoy de acuerdo plenamente contigo, las clases sociales que hay en nuestra América difieren, por su consistencia, por sus relaciones de propiedad, sus medios de producción, sus ideas y sus aspiraciones, de las clases que en este momento existen en la Europa avanzada.

DELGADO: —Fenomenológicamente, son realidades distintas.

RAMOS: —La diferencia esencial que han olvidado los marxistas de Indias con respecto a nuestro teatro histórico de operaciones, es lo que ya había señalado Lenin: la diferencia en el mundo moderno entre naciones opresoras y naciones oprimidas, entre naciones que necesitan realizarse históricamente y naciones que ya lo hicieron y no pueden en el marco del sistema capitalista avanzar

mas, or eso hay países revolucionarios países imperialistas y países semicoloniales.

Los papeles que las clases desempeñan en cada uno son distintos. De ahí resulta posible percibir que cuando un movimiento se desenvuelve en América Latina, es un movimiento en el que confluyen clases sociales diferentes en torno a objetivos comunes. Eso es un movimiento nacional.

DELGADO: —Claro. Ahora, desde un punto de vista teórico, en la perspectiva marxista, siendo el concepto de "clase social" un concepto crucial, él fue tratado en forma sistemática por Marx a lo largo de toda su obra. No hay en Marx una definición cabal de ese concepto. Pero en el último trabajo escrito por él sobre este tema —me refiero al capítulo inconcluso sobre clases sociales en el tercer volumen de *El Capital*—, se dice explícitamente que en las sociedades modernas las clases sociales son el resultado del sistema capitalista. En síntesis, yo reiteraría que la aplicación mecánica de la terminología marxista tiende a encubrir el hecho de que la aparente similitud denominativa no se refleja en una correspondiente similitud fenomenológica en la sociedad.

Cuando se habla de clases sociales aquí, se está hablando de realidades muy distintas a las que Marx llamó con ese apelativo. Ahora, quiero volver un poco más atrás, para comentar algo que tú decías. Quiero decir que la tarea que la Fuerza Armada está cumpliendo no es comparable a la que cumplieron las burguesías europeas. La construcción de la sociedad capitalista fue la tarea histórica de la burguesía europea en el siglo pasado. La tarea histórica de esta Revolución es superar, esto es, sustituir, el sistema capitalista en su conjunto.

RAMOS: —Tu observación es correcta. A través de un Cromwell o un Robespierre, abren el camino, a través del capitalismo, a la civilización. Lo que no quiere decir que las instituciones o clases que en América Latina abran el camino de la civilización a nuestro pueblo, deban pasar por la civilización capitalista.

DELGADO: —Otra manera de decir esto es: una similitud de función diferenciable. Ahora yo quería comentarte otra cosa, pasar a otra cosa. . . A ti te interesa mucho Mariátegui.

RAMOS: —No, me explicaré. Me interesó Mariátegui en relación a Haya. Vi que la izquierda clásica y ortodoxa en el Perú había hecho de Mariátegui una especie de mentor, y entonces yo he planteado el tema estudiando la formación del pensamiento de Mariátegui y sus límites.

DELGADO: —Justamente, yo quería seña-

?

lar uno de los múltiples hechos contradictorios de la política contemporánea del Perú; muy claramente dentro del campo de la llamada izquierda ortodoxa o clásica, de inspiración, supuesta o real, más supuesta que real en mi opinión, marxista. Esos grupos, supuestamente también seguidores de una posición marxista-leninista y seguidores de Mariátegui, otra vez supuestamente, niegan todo carácter revolucionario a este proceso.

RAMOS: —No es que el proceso revolucionario no sea tal, sino que los que no son revolucionarios ni marxistas, son ellos.

DELGADO: —No, ya sé, pero desde esa perspectiva...

RAMOS: —Al decir eso se traicionan.

DELGADO: —Lógico, pero fíjate, esa contradicción muestra precisamente lo que tú señalas y se ejemplifica en lo siguiente: la completa ignorancia que esa gente tiene de la valoración que Mariátegui dio a la dominación latifundista en el Perú. Explícitamente, en alguna parte de su obra, se dice: la liquidación del latifundismo será la gran tarea histórica de una revolución social en el Perú.

RAMOS: —Es lo que yo señalo en el estudio del que *Postdata* publicó una parte. Analizando los *Siete ensayos* se ve allí la dependencia cultural europea que Mariátegui tenía, porque Mariátegui era un hombre en pleno desarrollo cuando murió. Se observa cierto librecambismo, ciertos prejuicios raciales. Y señaló cómo Mariátegui se va transformando de esa atmósfera d'annunziana y croceana en la que viene envuelto, en un revolucionario y, lo que es más importante, en un peruano que va hacia las raíces de su país. Y se ve cómo en *Siete ensayos* avanza hacia la autoconciencia del Perú verdadero. Allí la cuestión indígena se resuelve en la cuestión agraria: liquidado el latifundismo el indio será libre y peruano. Ese avance de Mariátegui, yo lo destaco como uno de los aportes de su gran talento, al disolver las estupideces famosas de los stalinistas, de los congresos comunistas de la época, donde planteaban nada menos que la creación...

DELGADO: —De las repúblicas quechua y aymará...

RAMOS: —Así es; creyendo que se trataba de las nacionalidades alógenas del Imperio zarista; porque todo lo que ellos hacían era traducir del ruso, y lo que había sido una gran tragedia y una gran política en la revolución rusa, resultaba ridículo, como casi todo lo que se traduce.

DELGADO: —Claro, se hacía parodia. Ahora, la mención a Mariátegui es significativa en una conversación que versa sobre el proceso revolucionario actual, en tanto que hay que reconocer que la década del veinte fue crucial para la definición de los grandes movimientos políticos de la América Latina y del Perú. Tengo la impresión de que lo que sucede hoy en América Latina no puede ser comprendido sin la comprensión cabal de esa década... Yo quería que volviéramos al inicio, y al tema propuesto por ti, porque el señalamiento del carácter histórico de la reforma agraria no agota la temática de las transformaciones propuestas e iniciadas ya por la Revolución Peruana. Pero me parece necesario caracterizar algunos de los rasgos esenciales de la reforma agraria en el Perú. Diría lo siguiente: la reforma agraria está planteada como un proceso de grandes transformaciones sociales y económicas y no como una medida de carácter puramente redistributivo, técnico o administrativo. En segundo lugar diría que por el sustento mismo de las relaciones económicas concretas que son el fundamento de la sociedad agraria en el Perú, país fundamentalmente agrícola desde el punto de vista de su población económicamente activa, es una medida de carácter claramente no sectorial, sino una medida que excede fácilmente el contexto rural para convertirse en una medida transformadora de toda la sociedad peruana. No se trata solamente —y esto solo sería ya un hecho de trascendencia histórica— de una revolución social en el campo, sino de una revolución social en la base de sustento más decisiva de toda la nación peruana. En sus términos...

RAMOS: —¿Perú es una nación?

DELGADO: —Iba a decir en sus términos sociales y en sus términos económicos y políticos. Si el Perú es una nación depende enteramente de la amplitud que asignemos a la palabra. Ahora, la tercera cosa que debe decirse con relación a la reforma agraria, es que ella es el primer hecho de una serie concatenada de medidas de transformación que en su conjunto obedecen a un mismo norte. Me explico: la reforma agraria es una de las tres grandes medidas troncales dadas por la revolución peruana, en la línea de una política orientada a sustituir el sistema capitalista. Las otras dos serían la reforma de la empresa industrial capitalista tradicional y su conversión a empresa cogestionaria vía la comunidad laboral como institución, y la medida que avanza mucho más esta tendencia sustitutoria del sistema capitalista que es la creación del sector de propiedad social en todos los campos económicos importantes. Ahora, propiedad social ya empezó a existir en el Perú desde el momento en que

se dio la r  
rativas so  
torias de  
pues, en  
ría privi  
piedad. C  
dentro d  
por cient  
agro peru  
asociativ  
no de pr  
se trata  
cancela  
instituci  
lo largo  
solamen  
mico de  
do eso  
ción ca

RAMO

DELG  
driamos  
que su  
privada  
económ  
asociat  
esenci  
to soc

RAM

qué s  
simple  
de p  
dueño  
mism  
gener  
lista  
oper  
gues  
dios  
prog  
es c

D

tam  
coo  
finit  
y L  
ver  
pro  
tivi  
ma  
su  
dic  
es  
tra  
ac  
pr  
y  
L  
a  
c  
p



se dio la reforma agraria. Las formas cooperativas son formas, si tú quieres, premonitorias de propiedad social. Lo importante es, pues, en cuarto lugar, que la reforma agraria privilegia las formas asociativas de propiedad. Cuando la reforma agraria termine dentro de dos años, más o menos setenta por ciento de la actividad económica en el agro peruano estará sustentada sobre formas asociativas de los medios de producción y no de propiedad individual. De modo que no se trata solamente de que la reforma agraria cancela históricamente el latifundio como institución económica predominante a todo lo largo del período republicano; no se trata solamente de que cancele el poder económico de la oligarquía latifundista; porque todo eso podría hacerse vía una modernización capitalista, sino...

RAMOS: —No puedes hacerlo.

DELGADO: —Sí puedes, pero eso lo podríamos discutir después. Lo importante es que sustituye la prevalencia de la propiedad privada de los medios de producción en la economía rural por la prevalencia de formas asociativas de producción, lo cual da una esencia no capitalista al nuevo ordenamiento social y económico.

RAMOS: —Las cooperativas no tienen por qué ser no capitalistas. Una cooperativa es simplemente la incorporación al capitalismo de pequeños productores que ahora son dueños de una comunidad. Eso no es en sí mismo ni bueno ni malo; depende del marco general de la sociedad. Una sociedad socialista relativamente avanzada puede tener cooperativas; es una forma de pequeña burguesía propietaria en cooperativa de los medios de producción. A mí me parece más progresivo que el capitalismo estricto, eso es obvio.

DELGADO. —No, es que nosotros no estamos tomando en el Perú, creo yo, a las cooperativas como formas cristalizadas, definitivas, inmodificables, sino como un paso y una ruptura a su ulterior conversión en verdaderas empresas de propiedad social. El problema de fondo está en que el cooperativismo en el Perú aún no ha definido formas revolucionarias en su constitución y en su compartimiento; sigue siendo en gran medida el cooperativismo clásico, válvula de escape del sistema capitalista. De lo que se trata es, de crear un cooperativismo que se acerque mucho más a la realidad de una propiedad social de carácter no capitalista; y esa es la orientación de la reforma agraria. Lo importante es destacar que esa apertura a las formas asociativas es un paso sin el cual sería imposible crear una verdadera propiedad social en el campo. No necesaria-

mente éstas vayan a ser creadas; la direccionalidad del proceso es que si se creen. Pero comprendo perfectamente, y te doy la razón cuando tú señalas que la existencia de las cooperativas no definen por sí mismas el conjunto de la economía; eso es muy claro.

RAMOS: —Ayudan al tránsito.

DELGADO: —A la transformación más que al tránsito. Por eso es que la reforma agraria no puede ser juzgada, en lo que tiene de mérito histórico, de manera aislada, sino que tiene que ser vista como parte de toda una política de ruptura del capitalismo. En esto...

RAMOS: —Perdón, Carlos. Yo entendía la liquidación de la estructura latifundista como el primer paso sin el cual la sociedad peruana no podía elegir su destino.

DELGADO: —Bueno, en eso estamos de acuerdo. Yo agrego simplemente que ella es parte de una política de conjunto y que, dentro de ésta, hay otras medidas de rango histórico tan alto como la reforma agraria.

RAMOS: —Me gustaría escuchar alguna opinión tuya sobre las relaciones entre revolución militar y política. El ejemplo que hemos tenido en la Argentina es que el 4 de Junio de 1943, el Ejército da un golpe de estado, y todas las fuerzas, aun de izquierda, de la Argentina inglesa se oponen, acusándolo de fascista. Realiza declaraciones ideológicamente reaccionarias y actos nacionalistas. Pero ser nacionalista en América Latina es ser progresista; serlo en la Europa desarrollada es declararse reaccionario. Sin embargo, el Ejército es influido en sus cuadros oficiales, por una gigantesca campaña de intimidación y terrorismo ideológico que desatan los partidos de la vieja factoría portuaria, que moviliza a la clase media, a la opinión pública, contra lo que el Gobierno realizaba en orden a la economía y en orden a la política laboral: sindicalizaciones, etc. Al punto que es frustrado el intento del 4 de junio por una contrarrevolución "democrática" que invade las calles de la ciudad manifestando contra el Ejército y contra el gobierno nacionalista. Perón es detenido por un sector del Ejército, intimidado por esa campaña, y enviado a la isla de Martín García el 8 de octubre. Y el 17 de octubre, a lo largo de diez días, se movilizan, en los ingenios de Tucumán, en los frigoríficos de La Plata y en las fábricas del gran Buenos Aires, las gigantes masas obreras que obligan al retorno de Perón y devuelven a los amigos de éste su confianza como para reagruparse a su alrededor y restablecer un diálogo entre las corrientes dentro del Ejército. Sus enemigos de adentro constatan que Perón tiene apoyo, al menos tanto como el

que lo derribó; es necesario convocar a elecciones para que las corrientes del Ejército vean quien tiene más razón y más votos. El Ejército, vencido en su política militar pura, en su nacionalismo sin pueblo, resulta sorprendentemente reivindicado a través de Perón por la irrupción de las masas el 17 de octubre. Y el 24 de febrero del 46, Perón obtiene una victoria electoral muy ceñida, por no más de doscientos mil votos. El Ejército se opone de alguna manera al aparato político de las viejas clases de la sociedad argentina, y abre las puertas al peronismo, un movimiento político que era el resultado, en ese instante, de la alianza entre los sectores populares y el Ejército. No pretendo homologar procesos distintos, como los de Argentina y Perú. Hago esta advertencia antes de hacer mi pregunta. El Ejército, que está llevando a cabo estas transformaciones sociales en el Perú, ¿qué visión política tiene de su futuro? ¿Qué instrumento político civil concibe para continuar el proceso revolucionario? Leo documentos y escucho opiniones que dicen que el criterio actual del gobierno es no crear un partido político. Al mismo tiempo observo que hay partidos políticos tradicionales y que existe una actividad política relativamente normal que el gobierno ha respetado. Al lado de lo que está ocurriendo hay dos sectores que esperan: el aprismo y el Partido Comunista. Pero, de parte del gobierno, se estima innecesario crear un partido que defienda y continúe la práctica revolucionaria del proceso. Me gustaría escuchar tu opinión.

DELGADO: —Me parece que todo esto alude a uno de los problemas fundamentales del proceso. El punto de partida de la respuesta es el que esbocé hace unos momentos: la revolución peruana no es sólo el conjunto de las transformaciones económicas que ella está realizando, sino que es también, lo que importa desde el punto de vista ideopolítico, una *posición teórica*. De aquí se deriva lo siguiente: el proceso revolucionario se orienta a la sustitución del sistema capitalista, en sus manifestaciones económicas y políticas, y su reemplazo por un sistema, vale decir mejor, por una forma de estructurar las relaciones de poder económico, político y social, que en esencia sea distinta tanto al capitalismo que prevaleció en el Perú como al comunismo, que es una de las alternativas al capitalismo, y que a nuestro juicio tiene muy serias fallas de concepción, representando una alternativa pobre, revolucionariamente hablando, al sistema capitalista. Esta alternativa al capitalismo, distinta al comunismo, es crear lo que podría ser definido esencial, sintéticamente, como un ordenamiento socioeconómico participativo. Esto supone un ordenamiento en el cual la economía se sustente fundamental-

mente sobre un sector de propiedad directa de los propios trabajadores. El fundamento de esta opción es que nosotros creemos que a la sustitución de la propiedad privada no debe corresponder un sistema en el cual la propiedad de los medios de producción radique en la burocracia partidarioestatal, sino un sistema en donde el acceso directo de los trabajadores, que con su trabajo crean la riqueza, a las fuentes decisionales, sea una realidad, tanto en la economía como a la política. Es decir, quien accede directamente a la propiedad de los medios de producción, accede al ejercicio del poder económico y, a su vez, quien accede a éste, accede al espacio en el que se sustente un efectivo y veraz poder político. Ahora, a una economía basada en la propiedad social de los medios de producción debe corresponder una sistematización de relaciones políticas en base a la transferencia del poder a la no concentración del poder, a la desaparición de las formas oligárquicas de intermediación y, por lo tanto, a un sistema en el cual el poder político de los ciudadanos, no ya tanto productores sino en cuanto ciudadanos, sea ejercido con el mínimo de intermediación por los propios productores de riqueza. Una ordenación socioeconómica de carácter participatorio, entonces, descansaría sobre la base de una economía de participación, vale decir, una economía sustentada en la propiedad social y en un aparato político donde el poder sea ejercido directamente por las organizaciones sociales de base autónomamente organizadas y libremente dirigidas por sus propios integrantes.

RAMOS: —Disculpa que te interrumpa un instante, Carlos. Evidentemente debemos volver a evaluar en todo su significado la palabra teoría, porque es la forma con que entramos al futuro y con que arreglamos nuestra conducta práctica. Yo no estoy totalmente seguro que la propiedad social de los medios de producción determine automáticamente el ejercicio del poder político por parte de quienes están en la base misma de esa propiedad social. Un ejemplo de la disociación entre una economía fuertemente socializada y un régimen político duramente jerarquizado y distante del pueblo, es la Unión Soviética.

DELGADO: —Yo disputaría eso porque no creo que en la Unión Soviética haya una verdadera socialización de los medios de producción. La hay en tanto existe en teoría una valoración de direccionalidad de ese tipo, pero intermediada vía el control real y efectivo de la burocracia estatal-partidaria.

RAMOS: —De acuerdo. Pero imaginemos nosotros que en tanto el Perú no logre ir hacia esa socialización, nadie va a exigir al Gobierno peruano que decrete la autogestión

y la determinación directa de los productos en la economía y la política en cinco o diez años. Es un proceso muy largo. Nadie va a exigir eso; estamos diseñando las líneas del proceso. Yo señalo que si no está aquí esa burocracia, hay alguien que hace ese papel intermediario; en este caso es el Ejército, que ocupa el poder en todos los aspectos fundamentales. El Ejército, pregunto yo ¿es hoy el partido político del pueblo peruano? ¿Cuál es la razón por la que las Fuerzas Armadas no estiman conveniente generar un movimiento político civil?

DELGADO: —La pregunta no puede ser respondida demasiado sintéticamente sin riesgo de malinterpretación de parte tuya. El rechazo de la Revolución Peruana a expresarse políticamente vía un partido, se fundamenta en lo siguiente: el partido como institución es un mecanismo de intermediación expropiatoria. El partido no es, por tanto, el instrumento a través del cual pueda contribuirse a la creación de una sociedad participacionista. El partido tiende a concentrar poder, no a transferirlo; el partido tiende necesariamente a entender su papel como intérprete del pueblo o de una clase social determinada. En consecuencia, el partido es un instrumento de poder, al servicio de una estructura dirigente y, en esa medida, de expropiación del poder. Entonces, si nosotros intentamos crear una sociedad que se aproxime al modelo de una sociedad participacionista, no podemos utilizar para este tipo de concepción revolucionaria, un mecanismo de no participación como el partido. No se trata solamente de que los partidos políticos peruanos hayan sido así, sino de que la institución partido tiene esas características expropiatorias. Algunos de nosotros estamos elaborando ideas de alguna manera emparentadas con esta temática que se dan más o menos en estos términos. A nuestro juicio, el sistema capitalista y el sistema comunista son sistemas basados en economías de no participación. En ambos sistemas el productor se mantiene siempre como un productor intermediado de riqueza: en el caso del capitalismo, por la acción expropiatoria de una clase social, como la burguesía; en el caso del comunismo, por una formación social con conducta clasista que es la burocracia partidario-estatal. Nos parece que sistemas basados en economías no participatorias tienden a expresarse políticamente en estructuras organizativas de carácter no participatorio. Nos parece también que no es casual el hecho de que el partido como institución haya surgido en la tradición histórica de los países capitalistas de Europa occidental y que sea por lo tanto una creación de los últimos sesenta o setenta años. De ninguna manera el partido representa una institución inherente al hecho de la vida social. No nos

parece casual, tampoco, que en los países comunistas la expresión política del ordenamiento de la sociedad sea vía la institución política, a través de una modalidad culminante de las características expropiatorias del partido que es la modalidad del partido único. En los países capitalistas existe pluralidad de partidos, pero el partido como institución es el eje de la institucionalidad política de la sociedad y en los países comunistas el partido sigue siendo la institución eje. En síntesis, ambas sociedades son antiparticipatorias; ambas requieren de un mecanismo antiparticipatorio como el partido. Si nosotros queremos lograr aquí institucionalizar un modelo final de carácter no capitalista y no comunista, sino de carácter participatorio, mal podríamos utilizar para este fin la institución expropiatoria del partido. Por eso que la Revolución Peruana decide no expresarse políticamente a través de un partido.

RAMOS: —La tesis es lógicamente correcta, pero parte de una premisa falsa. Aunque existe una sociedad capitalista, no existe una sociedad comunista, como modelo que se ofrezca al examen de nuestros contemporáneos. Existe la Unión Soviética, si se quiere tomar un punto de referencia. Y el punto de vista fundamental, para ser conciso en la materia, es que el partido, la burocracia, la ideología petrificada, y la intermediación entre los trabajadores y el poder, es el resultado histórico del atraso histórico y social del viejo Imperio de los zares. Y no es una fatalidad inherente a la concepción marxista de una sociedad nueva. En consecuencia, si se examinan los orígenes sociales de la burocracia, si se consultan los estudios de Rakovsky, *Los peligros profesionales del poder*, o los de Trotsky sobre la naturaleza social del régimen soviético, llegaríamos a un tema muy complejo y también socorrido: de qué manera las revoluciones socialistas han triunfado en los eslabones más débiles del capitalismo: China, la Unión Soviética, Cuba, etcétera; de qué manera se han fundado en el atraso y no en el adelanto; y de qué manera han puesto en cuestión las predicciones de Marx acerca de que el socialismo debía ser el resultado final del desenvolvimiento de las fuerzas productivas de la cultura y de la civilización acumuladas por el capitalismo y la burguesía y no el punto de partida del atraso y de la pobreza; y sin embargo, distintas circunstancias históricas determinaron que para poder remover el atraso del imperio zarista bizantino y de la vieja dinastía china, tuviesen que ser los marxistas los que comenzasen el proceso de realizar la acumulación de capital que en los países centrales tuvo como misión la burguesía. El socialismo empezó su camino a partir de la acumulación primitiva. Esto dio como re-

sultado el stalinismo y los flagelos de la burocracia y el terror. De modo que no podemos decir que eso que está ocurriendo en los países llamados socialistas sea el socialismo. Es "una marcha de tortuga", como decía Bujarin, hacia el socialismo. Creo que todos estaríamos de acuerdo en que una expropiación de los expropiadores, una reabsorción de la sociedad de clases en una sociedad socialista de productores directos y libres, en Estados Unidos, por ejemplo, no ofrecería los fenómenos de la burocracia, típica característica del atraso, no ofrecería las características del terror, contiguo a la burocracia, puesto que nacería sobre la abundancia. Debemos colocar las cosas en ese nivel. Frente al problema de los partidos que has expuesto tan elocuentemente, yo diría que ese problema es puramente instrumental. Está ligado a la estructura, a la tradición de una sociedad y es, simplemente, la manera con que distintas clases sociales expresan sus intereses e ideas. Mi temor, para resumir mi pensamiento, ya que si no podemos convertir esta conversación en una nueva Enciclopedia del siglo XVIII, en una larga conversación de iluministas (risas), mi temor, entonces, es que el Ejército, como decía el padre Castellani, un jesuita argentino de derecha, es una institución *no sacra*, es una institución *profana*, sujeta a las múltiples debilidades de todo lo profano, y en consecuencia sujeta, como los partidos, como la vida misma, a los conflictos. Vale decir, aquel ejército que no hizo la revolución peruana, es muy distinto a este ejército que la está haciendo. Pero puede ocurrir, por el sistema de mandos, por las leyes internas de las instituciones armadas, por las generaciones que cambian, por todas las cosas que están ocurriendo en el Perú, puede ocurrir que el Ejército diga mañana que no está de acuerdo en seguir adelante y que si está muy bien lo hecho no desee que continúe el fluir de la historia peruana. En ese instante, y esa es mi pregunta o mi preocupación, ¿qué corriente política y social actuante y militante puede retomar lo que el Ejército ha hecho e intenta detener?

DELGADO: —Tú prolongas la pregunta muy concreta con una serie de comentarios que no pueden pasar sin ser comentados. Lo que tú concibes como punto de partida errado en toda la argumentación nuestra, no es un punto de partida errado, toda vez que hemos dicho muchas veces que cuando recusamos a los países comunistas no nos estamos refiriendo para nada a la segunda acepción de la palabra, en tanto concepto que designa un eventual, probable o improbable, estadio de la evolución humana caracterizado por la desaparición de las clases, y por tanto del Estado, de acuerdo a una interpretación leninista del mismo, sino que nos es-

tamos refiriendo a la forma con que históricamente se han organizado las relaciones de poder en los países gobernados por partidos llamados comunistas, particularmente el modelo ruso, que yo no le llamaría más el modelo soviético, habida cuenta de que los soviets desaparecieron de Rusia hace cincuenta años.

RAMOS: —Aceptado.

DELGADO: —De la misma manera que el capitalismo se sustenta en la intangibilidad de ciertas nociones definitorias básicas, el comunismo, entendido como explícito, se sustenta también en otras nociones básicas. Entonces, si tú examinas el modelo ruso, encuentras un determinado número de factores esenciales de definición: concentración total del poder económico y político, institución del partido único como vía permisible, planificación centralizada del Estado, intolerancia sistematizada y, por lo tanto, una política sistematizada de violencia, al servicio de un aparato estatal que no puede dejar de ser, en mayor o menor medida, un aparato policial. Todo esto es realmente, y no inferencialmente o como visión de futuro, la forma en que está organizada la sociedad rusa. Eso es lo que nosotros llamamos el modelo comunista, y esa es la alternativa que nosotros recusamos como alternativa revolucionariamente válida al capitalismo. No es lo que designó Marx; es lo que ha cristalizado en la realidad y el lenguaje político contemporáneo con ese nombre. Ahora, a nuestro juicio eso no tiene nada que ver con el socialismo y no es una manera de llegar a una sociedad socialista, que por definición es una sociedad participatoria. Otro problema que advierto en lo que señalas, es que para nosotros existe una imposibilidad de separar medios y fines. Nosotros sostenemos que la naturaleza de los medios influye decisivamente en la naturaleza de los fines, y por lo tanto es una ilusión sostener que se va a construir el socialismo vía el stalinismo en acción.

RAMOS: —En eso estamos de acuerdo.

DELGADO: —Entonces debe aceptarse que en Rusia se ha traicionado lo esencial de la revolución socialista.

RAMOS: —Quiero hacer un breve comentario. El terror policial, el control de la renta nacional soviética por la burocracia, no excluye la idea de que las conquistas fundamentales de la Revolución de octubre subsisten hoy en la Unión Soviética y que...

DELGADO: —¿Cuáles?

RAMOS: —Las conquistas fundamentales

de la Revolución de Octubre son: la nacionalización y estatización de todos los medios de producción y el monopolio del comercio exterior. Eso fue lo que no se modificó. La Revolución de Octubre dio el régimen soviético, que fue la democracia más diáfana que recuerdan las masas.

DELGADO: —Y la más efímera.

RAMOS: —Y la más efímera. Pero yo estoy hablando de lo que subsiste y no de lo que desapareció.

DELGADO: —Bueno, pero lo que subsiste sí tiene un carácter puramente instrumental. Tú puedes tener una economía totalmente estatizada y eso no tiene nada que ver con un ordenamiento socialista, en tanto que acceso directo de los trabajadores al poder.

RAMOS: —De acuerdo. Pero quiero decirte esto: la Unión Soviética, detrás de esa fachada que has descrito —descripción que comparto—, está procediendo a una acumulación interna formidable. Está desapareciendo la Rusia campesina, la base del poder del Zar y de Stalin; está urbanizándose, tecnificándose hacia un poder científico gigantesco; aportan a la renta nacional millones de personas. El avance de lo que estaba latente en la Revolución rusa se va a convertir muy pronto en una abierta contradicción entre una sociedad de obreros altamente calificados, una sociedad de ingenieros, de biólogos, de físicos, entre una sociedad culta y con una ancha base material, cada vez más considerable, y una burocracia que va a enfrentarse con esa base. La perspectiva socialista brotará de ese enfrentamiento interior. Este punto de vista yo creo que conviene tenerlo presente, para no considerar que se trata exclusivamente del reino del Faraón, un mundo poco menos que inmutable.

DELGADO: —Hay una frase muy gráfica de Zinoviev sobre Stalin: "Es un Gengis Khan con teléfono". Bueno, pero bromas aparte... Yo creo que nada de lo que tú dices tiene que ver con el fondo del asunto, que es el siguiente, me parece: ¿todo lo que tú señalas constituye esencia, fundamento, característica del socialismo? En absoluto. Todo eso que tú señalas se puede registrar en una sociedad capitalista. La esencia misma de la vida social sigue siendo profundamente reaccionaria, en el sentido de que sigue siendo profundamente autoritaria, antiparticipatoria, burocrática. El dominio del Estado no es un paso de avance; yo creo que es un paso de regresión, porque supone no el dominio de una entelequia sino el dominio de una burocracia constituida por seres humanos

que abrigan, que generan una serie de intereses sociales concretos. Entonces, la apología del Estado es la apología de la burocracia, y eso no tiene nada que ver en mi concepto con un ordenamiento socialista.

RAMOS: —Da la impresión, a través de tu apasionada defensa de la autogestión de que el que estuviese aquí en Perú sosteniendo las realizaciones de las Fuerzas Armadas, desde un alto cargo, fuese yo y no tú. Y eres tú quien está en un cargo muy importante del Estado peruano dirigido por las Fuerzas Armadas: Cada país lleva sobre sí una gran carga cultural, y el Perú más que otros países. Por ahora tenemos en el Perú a un Hijo del Sol, con sus guerreros y sus amautas, tratando de establecer un equilibrio en la vieja sociedad. Reitero: no estoy en el gobierno, no estoy en el Estado. Simplemente sostengo la hipótesis de que puede peligrar el Hijo del Sol, los guerreros y los amautas, Armadas. Cada país lleva sobre sí una gran si no se instrumenta una corriente políticamente viva en la calle, que sostenga lo que el Gobierno ha iniciado. No digo más que eso.

DELGADO: —No, dices eso, pero dices también muchísimo más que eso. Tú aludes a un problema que ilustra la naturaleza básicamente contradictoria de un fenómeno revolucionario. La ambivalencia muy profunda de una revolución. Por ejemplo, aquí todos estamos de acuerdo en que durante un período histórico es necesario fortalecer el Estado, pero pocos de nosotros, creo, somos conscientes de que esa necesidad entraña el riesgo más grande de desnaturalización de esta revolución.

RAMOS: —Es el riesgo que supone vivir.

DELGADO: —Sí, pero la única manera efectiva de contrarrestar ese riesgo, es no remitir la construcción socialista a un futuro inverificable. Si no empezando a reconocer que el futuro se hace hoy y no mañana. Y que para participar hay que participar hoy. Y por tanto que desde hoy hay que transferir poder económico, hay que transferir poder de decisión, hay que crear un sustento de organizaciones sociales de bases libres.

RAMOS: —Muy bien. Estamos acercándonos a uno de los aspectos principales de la cuestión ¿Por qué transferir poder económico solamente?

DELGADO: —No solamente...

RAMOS: —También hay que transmitir poder político.

DELGADO: —Bueno, pero es que eso está enlazado con una innovación que aquí se

está abriendo campo, para redefinir lo que es política. Política para nosotros no es el arte de gobernar una nación, porque eso correspondería a una concepción tradicional, elitista y finalmente oligárquica de la política, como quehacer de un grupo pequeño de elegidos en el cual no podría estar actuamente el pueblo organizado: política así entendida significa que es un asunto privativo de profesionales de la política. Esa es la concepción que en el Perú tienen todos los dirigentes políticos, independientemente de su ubicación ideológica. Ahora, nosotros pensamos que es necesario redefinir ese concepto, ampliar el universo semántico de lo que política significa, reintegrar la política a la vida diaria de los seres humanos concretos, reivindicar lo económico con lo político, comprender que la participación política como acceso al poder de decisión no puede estar divorciada de una base de sustento en la participación económica.

RAMOS: —Carlos, ¿puedo interrumpirte?

DELGADO: —Claro.

RAMOS: —Yo soy muy prosaico. Por política entiendo que una comunidad industrial intervenga en la designación del jefe de policía; entiendo que una comunidad pueda tener un diario y diga lo que quiera del proceso...

DELGADO: Eso está mucho más cerca de lo que nosotros entendemos por política. Si por política entendemos el ejercicio pleno de la participación, estamos de acuerdo. Pero entonces no hay manera de considerar como deseable la inevitabilidad de un partido, porque por esencia un partido es un mecanismo expropiatorio, vale decir, restrictivo y discriminador.

RAMOS: —En estos momentos, el mecanismo expropiatorio es el Ejército. Muy bien, es expropiatorio pero está realizando una labor histórica positiva. En algún momento puede dejar de cumplirla o, como institución profesional que es, considerar que ha llegado el momento de dejar el poder. ¿Que ocurrirá?

DELGADO: —Yo creo tener una sana desconfianza de las predicciones históricas, sobre todo desde que lei un texto de Trotsky del año '40, que a mí me interesó muchísimo. Es un texto que apareció en Buenos Aires, poco antes de la muerte de Trotsky y que según tengo entendido es lo último que él trabajó.

RAMOS: —La URSS en guerra, en el que preveía un futuro muy sombrío.

DELGADO: No solamente muy sombrío. Ahí remataba el análisis haciendo inevitablemente una predicción. El decía que al término de la guerra imperialista surgiría en Rusia un gran movimiento popular, conducido desde luego por el proletariado, que retomaría las grandes banderas de la revolución de 1917 y destronaría el poder de la burocracia, y que un movimiento similar ocurriría en los países capitalistas y que entre ambas revoluciones terminarían con el capitalismo. Lo importante de la predicción era el condicional que agregaba al final. Si esto no se cumple, dijo, tendremos que revisar todos los planteamientos teóricos del marxismo, empezando por revisar la adjudicación privilegiante que daba al proletariado como una clase social destinada a crear un nuevo orden en la sociedad humana. Nada de eso se ha cumplido. Ahora bien, yo no sé qué va a ocurrir en el caso específico del Perú, pero sí creo que la mejor garantía de que esta revolución se mantenga fiel a una concepción participatoria, es si desde ahora, con la celeridad mayor que las circunstancias permitan, poniendo detrás de esto un voluntarismo bastante marcado, nosotros impulsamos todas las formas de transferencia de poder y todas las formas de institucionalidad participatoria. Si logramos fortalecer en los próximos años la tradición participatoria que esta revolución inaugura en la sociedad peruana, estaremos en condiciones de poder, con toda la relatividad que términos así tienen, garantizar el futuro de la revolución peruana como una alternativa revolucionaria nueva y mucho más avanzada que las alternativas tradicionales de la izquierda ortodoxa en el Perú y en América Latina. Ahora, me parece que una forma totalmente errada e ilusoria de garantizar la continuidad del proceso, en el caso hipotético que tú planteas, sería a través del partido, porque el partido, reitero, es una institución anti-participatoria por definición.

RAMOS: —Depende del desenvolvimiento social.

DELGADO: —Eso es una frase que dice poco.

RAMOS: —Es que depende de él, depende de la acumulación histórica, de los hábitos muy largamente incubados en las sociedades, depende del atraso. Aquí en Lima he leído un texto trotskista muy torpe, que decía que Stalin nunca había sido marxista. Eso es una barbaridad. Stalin fue marxista, Stalin fue revolucionario y se transformó en un contrarrevolucionario. ¿Cuál fue la base de ello? El atraso histórico, la pobreza cultural...

DELGADO: Las causas son complejas. Qui-

zás tuvo mucho linista.

RAMOS: —(sas), veamos... taba del bur... del mujik cul... minado, de... medio de ell... se habían ed... en París. Ló... ron derrotad... rrotados por... que era al... de progreso... so, Carlos, e... del Estado y... Si nosotros... otras partes... toy de acus... cialismo de... zamos el... toda institu... intermedia... mo tiempo... larga marc... mienzo de...

DELGADO: ...vo al pro... otros ace... instrumen... cialismos... grar nun... jismo, de... canzaren...

RAMOS: ...que tú a... no está... ciendo... confisca...

DELGADO: ...grandes... tido. El... Tiene u... ruana... momen... tico, y... sitiva... plante... tinguir... cio de... tar y l... tura p... que a... te, te... esta... rantia... existe... babil... revol... mues...

zás tuvo mucho que ver la psicopatía stalinista.

RAMOS: —Dejemos el área de Viena (risas), veamos los grandes hechos. Se trataba del burócrata gran ruso, del atraso, del mujik cubierto de piojos, del pope iluminado, de Rasputin. Era la barbarie, y en medio de ella estaban los intelectuales que se habían educado en Ginebra, en Londres o en París. Lógicamente, Lenin y Trotsky fueron derrotados. Los occidentales fueron derrotados por el representante de la barbarie, que era al mismo tiempo un relativo factor de progreso dentro de la barbarie. Es el atraso, Carlos, el que determina la sobrevivencia del Estado y la sobrevivencia de los partidos. Si nosotros —tú lo has expuesto, aquí y en otras partes, con mucha brillantez, y yo estoy de acuerdo con eso— rechazamos el socialismo del iluminismo tecnocrático, rechazamos el socialismo faraónico, rechazamos toda institución del poder colectivo por los intermediarios, tenemos que admitir al mismo tiempo que eso será el premio de una larga marcha y no el premio que está al comienzo del camino.

DELGADO: —Pero eso nos remite de nuevo al problema de medios y fines. Si nosotros aceptamos la inevitabilidad de tener instrumentos expropiatorios para construir socialismos participatorios, no lo vamos a lograr nunca. Correremos, como en un espejismo, detrás de una sombra que nunca alcanzaremos.

RAMOS: —De la misma manera, Carlos, que tú aceptas que el Ejército peruano, que no está concebido para esos fines, esté haciendo una revolución. El Ejército, que es confiscatorio de poder por naturaleza.

DELGADO: —Hay dos diferencias muy grandes entre la Fuerza Armada y un partido. El partido político tiene un rol unívoco. Tiene un único papel. La Fuerza Armada peruana tiene una dualidad de roles en este momento. Puede desinvertirse del poder político, y continuar teniendo una función positiva dentro de la sociedad. Esta opinión la planteó primero Ismael Frías. Hay que distinguir además la transitoriedad del ejercicio de poder en la estructura de poder militar y la permanencia del poder en la estructura partidaria. Lo que tú estás pidiendo es que algunos de nosotros, o yo concretamente, te ofrezcamos una garantía del futuro de esta revolución. Nadie te puede dar esa garantía, y nadie te la puede dar porque no existe. No podemos ser dogmáticos, sino probabilísticos. La experiencia del movimiento revolucionario de los últimos cincuenta años muestra con mucha claridad que la conti-

nuidad de un proceso revolucionario ya en la etapa de la construcción de la nueva sociedad, tropieza inexorablemente con la institución partido. Si la construcción revolucionaria lo que quiere es lograr una vida social de calidad distinta, no se puede lograr a través de un partido. Si concebimos la construcción revolucionaria como la construcción de una sociedad —llamémosle, genéricamente y con beneficio de inventario— socialista, entonces, miremos como miremos el problema, esa sociedad tiene que ser una sociedad liberadora, y para ser liberadora, tiene que ser una sociedad participatoria, y eso no se construye a través del partido, que es la expresión de la concepción oligárquica de la política.

RAMOS —Depende de la naturaleza social del partido.

DELGADO: —No, no de la naturaleza social del partido. Tú puedes tener el partido formado por quien te dé la gana. Es la estructura organizativa del partido, sus cuadros de conducción, su liderazgo, es eso lo que va a definirlo, independientemente de su composición social.

RAMOS: —No se puede juzgar nada independientemente de la composición social.

DELGADO: —No, si se cree que quien es proletario es revolucionario por ser proletario. Pero eso es falso, si le toma como premisa, como apriori.

RAMOS: La composición social de un partido no está determinada sólo por el origen de sus miembros, sino por la doctrina y el significado de su lucha. Los partidos son instrumentos de las clases sociales. ¿Qué puede ocurrir si un general se retira a ejercer su profesión?

DELGADO: —Tú me fuerzas a una predicción. Como no dogmático, soy enemigo de las predicciones. Pienso lo siguiente, forzado por tu presión para que yo te responda. Lo que pase cuando la Fuerza Armada se retire del gobierno peruano, dependerá de dos cosas básicamente. Una, del grado de avance del proceso de transferencia de poder, más que de las reformas de estructura económica únicamente. La otra, la profundidad de la impronta que en la Fuerza Armada peruana haya dejado este tránsito creador por la vida política, en términos de la conducción del gobierno para una orientación ciera convencidos de que sólo la presencia revolucionaria. Tengo para mí que la Fuerza Armada del futuro no volverá a ser jamás la misma Fuerza Armada que fue en el pasado. Su vida estará indeleblemente signada por la

experiencia de estos años y los próximos. Suponer que aquí habrá una vuelta a los cuarteles total y completa, es elegir una improbabilidad muy grande. O, para decirlo de otro modo, una probabilidad indeseable. Porque si tú ves la historia de este país, la división de militares y civiles siempre ha jugado a favor de la oligarquía. Cuando esa división comenzó a desaparecer, teniendo como antecedente la nueva percepción de su rol en el país, vale decir, cuando la institución militar comprendió que entre los problemas del frente externo y los del frente interno había una inseparabilidad real, cuando comprendió que para afrontar los problemas de la seguridad nacional debía afrontar los problemas económicos y sociales del país, no tuvo otro camino que elegir una alternativa de tipo revolucionario. Ese día terminó, para todo propósito práctico, la hegemonía de la oligarquía peruana. Eso no va a ser abandonado por la Fuerza Armada del Perú. De modo que soñar con que el Perú va a ser un país donde militares anden por un lado y civiles por otro, en el que la función castrense sea una función puramente técnica de los cuarteles, es soñar con algo no sólo imposible sino con algo indeseable desde un punto de vista revolucionario. Si tu conjuncionas los dos criterios podrías tener un cuadro aproximado de lo que pasaría en ese caso hipotético que señalas.

RAMOS: —Claro, uno mira las cosas peruanas con ojos ajenos. Fíjate que en Argentina el Ejército engendra el peronismo, y un jefe militar es el jefe de ese movimiento cívico-militar.

DELGADO: —¿Por qué dices que el Ejército engendró al peronismo? ¿Tú crees que es así? ¿Por qué no puede ser visto como un fenómeno en el que se instrumentalizó al Ejército desde fuera, para ponerlo al servicio de un determinado ideal social?

RAMOS: —No, porque en el Ejército había un grupo político dirigido por Perón, el Grupo de Oficiales Unidos (GOU), que controlaba las estructuras fundamentales de los mandos, que realizó la revolución del 4 de junio de 1943. A raíz de las acciones que llevó a cabo desde el gobierno Perón fue detenido el 8 de octubre, dos años más tarde, para volver apoyado por las masas el día 17. Ese día el pueblo ocupa la plaza de Mayo, desde la mañana hasta la noche. En la noche, los coroneles amigos de Perón se presentan en los cuarteles, armas en la mano, y exigen se les entregue el mando de las unidades. Entonces se consolida la situación política y militar por arriba y por abajo. De este origen nace un compromiso social muy profundo. Perón se presenta a elecciones; no

tiene partido, y se organizan varios: el Partido Independiente, de los empresarios, el Partido Laborista, de los sindicatos organizados por él, con viejos militantes anarquistas y socialistas que rompen con sus partidos y se incorporan, y una parte del viejo partido, de la Unión Cívica Radical. En ese momento el Ejército admite que Perón ha tenido visión política y lo reconoce como jefe. El va a hacer el Ejército moderno, él va a asentar la industria pesada en el país, él va a lograr un apoyo social amplio. Entonces es el Ejército que instrumenta la política y quien establece con las masas una alianza a través de Perón, dando lugar al peronismo. Aquí es donde quizá pueda hacerse una analogía con el Perú. Lo digo como hipótesis, puesto que mi observación se basa en la experiencia argentina. En un momento dado, una parte importante del Ejército rompe con el movimiento peronista y se convierte durante dos décadas en el obstáculo para el retorno de Perón, entregando la soberanía nacional. ¿Cómo subsistieron las banderas nacionales y populares levantadas por Perón? Sólo porque existía un gran movimiento de masas que lo sustentó. De ahí mi inferencia con respecto al destino de la revolución peruana.

DELGADO: —Acá queremos seguir un camino distinto.

RAMOS: —Debe seguirse un camino distinto.

DELGADO: —Justamente porque hay que crear una sociedad distinta. Aquí no se trata de modernizar el sistema capitalista para mantenerlo; tampoco se trata de sustituirlo por otro que repita los vicios principales del sistema capitalista como sistema deshumanizador, anti-liberador.

RAMOS: —Es natural. Nosotros tenemos que imponer nuestros propios vicios. ¡Bueno sería que trajéramos los vicios de Oriente! (risas).

DELGADO: —No, mira... La gran virtud histórica de la Revolución Peruana es que permite ensayar una modelística final esencialmente distinta a todas las alternativas planteadas a los sistemas tradicionales en otras sociedades contemporáneas. Si esto perdiera esa virtualidad, continuaría el proceso de cambio —nacionalizaciones, etc.—, pero se habría perdido la gran oportunidad de crear una vida social nueva, distinta, nunca vista, apenas entrevista en algunas profecías insólitas, audaces, pero verdaderas. Eso no lo vamos a lograr fortaleciendo por sí al Estado, ni creando el partido único, ni restableciendo el sentido oligárquico de la poli-



tica. Debemos recrear no sólo las estructuras económicas; también los conceptos. Tenemos que fundar una nueva direccionalidad, una nueva moral social, como complemento indispensable de las nuevas estructuras económicas. Finalmente, no nos interesa el avance estadístico del desarrollo; nos importa el avance cualitativo de las fuerzas de creación social. Tenemos que reintegrar la política como quehacer totalizador. Comprendemos que este es un nivel de ambición seguramente demasiado grande, y que no veremos pronto, ya que la revolución es un conjunto sucesivo de aproximaciones, que no es posible de realizar plenamente, en la medida en que toda revolución entraña una postulación de utopía, y ésta es lo no realizable.

RAMOS: —O lo no realizado. Ustedes emplean una palabra muy frecuentemente: participación. Es exacta, porque designa verazmente lo que es un ordenamiento donde el pueblo decida política y culturalmente, y no sólo económicamente: un ordenamiento así lo llamaría socialista, más allá de todos los textos.

DELGADO: —De todos los textos y de todas las realidades. Tú hace un momento llamabas socialista a la Unión Soviética...

RAMOS: —Es una gran tragedia sin duda. Pero la historia de los hombres está hecha de noches también, y cincuenta años de tragedia no importan nada. Eso comenzó con una gran alegría, la de Octubre, y creo yo que se han dado las condiciones para reasumirla. Ahora, ese ejemplo trágico no debe repetirse en América Latina.

DELGADO: —¿Pero cómo se generó ese ejemplo? A través de un partido único totalizador.

RAMOS: Carlos, se generó a partir del zar loco, Nicolás Romanoff.

DELGADO: —Y del voluntarismo de quienes se toman el derecho de interpretar a los demás.

RAMOS: —Del mismo modo que el Ejército peruano decide interpretar a los demás.

DELGADO: —Pero la Fuerza Armada no se ha fijado un rol permanente en la conducción de la sociedad nacional, ni se plantea un papel de intérprete de los intereses sociales.

RAMOS: —Lenin tampoco planteó un rol permanente. Lo que importa para analizar el devenir soviético son los hechos.

DELGADO: —Justamente por importar los hechos, es preciso reconocer que a partir de la concepción leninista del partido, como institución férreamente disciplinada, selectiva, de profesionales que se constituyen en vanguardia que guía, orienta e interpreta, es que se generó la monstruosidad stalinista. Stalin no puede ser comprendido sin Lenin. Se puede decir, sin duda, que la clase se expresaba a través del partido, pero esa es una reificación que nos llevará a deformar la comprensión de los hechos reales. En el caso peruano, la Fuerza Armada no se propone cumplir el rol de un partido.

RAMOS: —No se propone: lo hace.

DELGADO: —No, porque si lo hiciera, nosotros no estaríamos impulsando en la medida de nuestras posibilidades —y hay obstáculos muy grandes, nacional e internacionalmente—, un proceso de participación y transferencia de poder. Y por primera vez en el Perú comienzan a existir centenares de organizaciones sociales de base, dirigidas, con todos sus errores inclusive, por sus propios integrantes. Si la Revolución se mantiene fiel a sus principios valorativos, y admito aquí también obstáculos muy grandes, la realidad de este país habrá cambiado de un modo que será difícil de reconocer, y la institucionalidad participatoria podrá ser un hecho tangible. En diez o quince años, quizás en menos, el Perú podría ser, si nos mantenemos fieles a la opción libertaria fundamental de este proceso, un país donde la presencia real del Estado no sea la presencia de un ente concentrador de poder y monopolizador de la capacidad de decisión, sino la presencia de un Estado entendido como institucionalidad transferidora de poder. Por lo tanto, un Estado desconcentrado y descentralizado. Para una concepción revolucionaria de este tipo, el partido no es necesario. Por lo demás, como lo señaló el presidente Velasco, el partido no es la única vía de organización política. Se puede diseñar una organización política de carácter no-partidario. Aquí la revolución ha resuelto el problema de formular el modelo global sustitutorio del régimen tradicional y el modelo parcial sustitutorio del régimen económico. Lo que esta revolución tiene que resolver, y esto es un problema central, es formular el modelo parcial sustitutorio del régimen político. Eso es lo que tiene que resolverse; pero los criterios para hacerlo ya están dados. La organización política de carácter no-partidario. Aquí la realidad de esta revolución deberá ser participatoria, y no de carácter partidario.

RAMOS: —No sé como se realizará esto, Carlos, en la realidad.

DELGADO: —Yo tampoco.

RAMOS: —Creo que en América Latina la lucha por una revolución nacional que propenda a la confederación, a la inteligencia recíproca de los Estados, se ha planteado con enorme vigor en los últimos diez años. Cada uno de nuestros países está siguiendo difícil pero firmemente su reencuentro con Bolívar. Tengo para mí que la existencia de los grandes imperios modernos, señala la necesidad de que América Latina encuentre su unificación. Es decir, su gran espacio político que le permita realizar las tareas a las que tienen derecho sus hijos, y que no podrán hacerse en el espacio de las pequeñas plazas fuertes, de las insulas, de las repúblicas creadas por la disgregación de San Martín y de Bolívar. En ese sentido la revolución latinoamericana va a tener múltiples caminos. Los nuevos caminos deben ayudarnos a encontrar las nuevas palabras que en el siglo XVI no encontraba el padre Acosta. La revolución cubana, por ejemplo, tuvo su singularidad. Y el rasgo de todas las revoluciones...

DELGADO: —Es que son excepcionales.

RAMOS: —Exacto, a eso iba. Son excepcionales. No estoy seguro si Guevara decía que la revolución cubana no era excepcional. En su momento, yo escribí sobre ésa y otras opiniones del Ché, y dije que sí, que lo que distingue a una revolución es la escisión, la fractura, la excepción. Es el espíritu de vida, no el espíritu de muerte; o sea, es lo singular. Creo, en resumen, que esos caminos van a enriquecer a América Latina, que debe dejar de ser naturaleza para hacerse historia, a diferencia de lo que quieren ver los europeos; también los de izquierda, y a veces cuanto más de izquierda, peor. Creo que la Revolución Cubana es un fragmento palpitante de América Latina, y creo que debemos esforzarnos por corregir el error geográfico que piensa que Cuba es una isla. Cuba debe ser territorio contiguo de la América Latina, y debemos contribuir, como Perú, como Argentina, como todos los demás países latinoamericanos, a conformar un rostro unido y plural. Debemos pensar en términos latinoamericanos. No creo que los largos períodos de colonización y dependencia de Inglaterra o Estados Unidos, hayan sido sólo el dominio del cobre, la carne o los plátanos. Peor que eso quizás ha sido la dependencia cultural. De qué manera peculiar la América Latina fue encadenada a otros destinos, se refleja en el hecho de que los paquebotes que llegaban de ultramar hace cien años, nos traían los más refinados productos de la gran Europa: las constituciones napoleónicas, la democracia, los nacionalismos revolucionarios, los marxismos; y todo eso, al cruzar el Atlántico, servía aquí para

que las constituciones no se ajustasen a un cuerpo distinto, para que los nacionalismos resultasen oligárquicos, para que las democracias deviniesen en elecciones fraudulentas, y para que los marxismos produjesen extravagantes subidos a un cocotero sin relación con la tierra firme. Necesitamos re-hacer por nuestros propios caminos las revoluciones que Europa hizo para hacer sitio, finalmente, a las constituciones y a Marx. Necesitamos ser nosotros mismos, y si somos nosotros mismos, encontraremos la manera de vincularnos autónomamente a los productos últimos de la cultura de Occidente. Creo yo que el marxismo es uno de los más difíciles pero preciosos instrumentos que esa cultura dio. Debemos usarlo para nuestro beneficio, no para encadenarnos a una nueva colonización.

DELGADO: —Yo suscribo el sentido de todo lo que has dicho; apenas lo frasearía de manera distinta. Esta revolución tiene una inabdicable vocación latinoamericana; nuestra recusación del comunismo no significa en modo alguno recusación del socialismo, porque asumimos la tradición más ilustre del socialismo, que es la tradición libertaria y humanista; y de ninguna manera nos situamos en una posición recusatoria del marxismo, que para nosotros es un planteamiento probabilístico, una metodología de interpretación. Salvo que nosotros no nos acercamos a él con una posición genuflexa, religiosa; el marxismo no es un planteamiento de certidumbres sino, como todo planteamiento científico, es un planteamiento de conjeturas y verificaciones; que eso se haya convertido en una suerte de religión o ideología, en el sentido peyorativo que esta última palabra tiene, no es culpa de Marx. Sí, hay que rescatar el legado del gran Marx de toda esa fauna de supuestos seguidores.

RAMOS: —Hay izquierdistas que quieren encontrar las revoluciones en estado puro, y muchos de ellos son esos supuestos seguidores. Pero las revoluciones son una infracción del curso histórico y social, vienen siempre en estado impuro, arrastran escorias junto al metal noble. En tanto algo existe, es impuro. La revolución peruana es impura; me atrae: habla de algo que vive.

## EDICIONES HERACLITO

### De reciente aparición:

La cuestión judía  
texto completo de la polémica Marx-Bauer.

### De próxima publicación:

Literatura y Revolución, Tomo I,  
por León Trotsky

---

# TERRORISMO Y MARXISMO

---

**Por León Trotsky**

---

En nuestro número de Junio de 1971 publicamos el siguiente texto de León Trotsky sobre el terrorismo, precedido de la nota explicativa que se leerá a continuación. A los tres años transcurridos nada tenemos que agregar.

La lucha de los bolcheviques rusos contra la teoría y la práctica del terror cubre todo un periodo de la historia de las ideas en la Rusia pre-soviética. A la luz de esa lucha, del mismo modo que a la luz del combate teórico y político contra los oportunistas y "evolucionistas" del menchevismo, se educó la intrépida generación que dirigió la Revolución de Octubre, edificó el Estado soviético y el Ejército Rojo y, trágicamente, marchó a las prisiones o a la deportación en la era del terror stalinista, terror esta vez dirigido desde el poder contra los revolucionarios.

Durante las tareas judiciales en los Procesos de Moscú, el stalinismo dirigió contra Trotsky y sus amigos acusaciones de terrorismo. De su libro "Los crímenes de Stalin", extraemos las páginas en que Trotsky expone la posición marxista hacia los métodos terroristas. El tema posee gran actualidad en nuestro país y América Latina. Del mismo modo que la teoría de la guerra-

lla, no ha sido muy bien comprendido todavía por algunos sectores que, decepcionados por cuatro décadas de reacción stalinista, han terminado por olvidar la tradición del pensamiento marxista. Acerca del empleo de los métodos de acción armada, la intervención en los parlamentos y la lucha legal, Lenin explicó el ABC, con su paciencia característica, en un libro digno de releerse titulado "El extremismo, enfermedad infantil del comunismo".

En 1902, apenas llegado a Londres de Siberia, después de más o menos cinco años de deportación y prisión, evocé en un artículo consagrado al bicentenario de la fortaleza de Schlüsselbourg y de su casa de tortura, a los revolucionarios que habían muerto allí. "Estas sombras dolorosas claman venganza —escribí—, pero no una venganza personal: venganza revolucionaria. Ejecución de la autocracia y no ejecución de ministros." Estas líneas condenaban el terrorismo individual. El autor tenía veintitrés años y ya en esos primeros años de su actividad revolucionaria era enemigo del terrorismo. Entre 1902 y 1905, en diversas ciudades de Europa, di numerosas conferencias a los estudiantes y emigrados, contra la ideología terrorista que, a principios del

siglo, comenzaba a reaparecer en el seno de la juventud rusa.

A partir del año 80, dos generaciones de marxistas conocen la experiencia del terrorismo, y al recoger sus trágicas lecciones, conquistan una aversión orgánica por el aventurero heroísmo de unos pocos. El fundador del marxismo ruso, Plejanov, el líder del bolchevismo, Lenin, el más notable representante del menchevismo, Martov, consagran millares de páginas y centenares de discursos a la lucha contra el terrorismo. Mientras los cerrados círculos de intelectuales cultivaban la alquimia terrorista, mi juventud se alimentaba de las ideas de sus mayores. El problema del terrorismo, para nosotros los revolucionarios rusos, era un problema de vida o muerte, tanto en el sentido político como en el sentido literal y personal. El terrorista no era para nosotros un héroe de novela, sino un hombre concreto, nuestro prójimo. En la deportación convivíamos años enteros con los terroristas de la generación precedente. En las prisiones, en el curso de los viajes al presidio, encontrábamos terroristas de nuestra edad. En la fortaleza de Pedro y Pablo nos entreteníamos dando golpecitos contra el muro, con terroristas que esperaban la muerte. ¡Qué de horas, qué de días pasados en discusiones apasionadas, qué de rupturas por causa de la más quemante tesis! Las publicaciones que reflejaran y tradujeran esos debates formarían una rica biblioteca.

#### ¿QUIEN SACA PARTIDO?

Cuando la represión política sobrepasa ciertos límites, las explosiones de terrorismo son inevitables. Tales actos tienen casi siempre un carácter sintomático. Otra cosa es la política que canoniza el terrorismo y lo convierte en sistema. "El terrorismo —escribí yo en 1909— exige una tal concentración de energía "en un instante capital", una tal sobreestimación de la importancia del heroísmo individual, en fin, una conspiración tan hermética... que excluye por completo la agitación y el trabajo de organización en el seno de las masas... Combatiendo el terrorismo, los intelectuales han defendido su derecho o más bien su deber a no abandonar la vida obrera para ir a cavar bajo los palacios del Zar y de los grandes duques." La Historia no se deja burlar. Al fin, ella pone a todos y todo en su lugar. Lo propio del terrorismo es destruir la organización que por medio de los laboratorios intenta suplir la insuficiencia de su fuerza política. En ciertas condiciones históricas, el terrorismo puede desorientar al poder. Pero en tales casos, ¿quién saca partido de la situación? Jamás la organización terrorista, ni las masas, detrás de las cuales ocurre el

duelo. En Rusia la burguesía liberal tuvo siempre simpatías por el terrorismo. Se comprende por qué. Yo escribía en 1909: "El terrorismo no puede sino hacer el juego de los liberales en la medida en que él significa la desorganización y la desmoralización en los círculos del poder... al precio de la desorganización y de la desmoralización de los revolucionarios." Encontramos el mismo pensamiento, expresado en términos más o menos parecidos, un cuarto de siglo más tarde, a propósito del asesinato de Kirov.

Los atentados individuales testifican de un modo infalible el estado político reaccionario y la debilidad de las fuerzas progresivas. Revelando el poder del proletariado, la revolución de 1905 puso fin al romanticismo del combate singular de los pequeños grupos intelectuales contra la autocracia. "El terrorismo está muerto en Rusia", repetí en diversos artículos. "El terrorismo ha emigrado lejos, hacia Oriente, hacia Pendjab y Bengala... Tal vez allí conocerá aún hermosos días en los países de Oriente. En Rusia, es cosa que pertenece a la Historia."

#### UN CALLEJON SIN SALIDA

A partir de 1907, me encontraba de nuevo en la emigración. La contrarrevolución hacia estragos, numerosas colonias rusas se formaron en las ciudades de Europa occidental. Toda una fase de mi actividad de emigrado fue absorbida por la propaganda contra el terrorismo de venganza y de desesperación. Sucedió que en 1909 un agente provocador, Azev, se encontraba a la cabeza de la organización terrorista de los "socialistas-revolucionarios". "La provocación —escribí— está incrustada en el atolladero del terrorismo" (enero de 1909). "El terrorismo individual fue siempre a mis ojos nada más que un callejón sin salida."

"La hostilidad irreductible de la social-democracia rusa, respecto al terrorismo burocrático de la revolución —escribí entonces— ha sido desconocida y condenada no solamente por los liberales rusos, sino también por los socialistas de Occidente... Unos y otros nos trataban de doctrinarios. Marxistas rusos, nosotros, nos explicábamos la simpatía de los líderes de la social-democracia de Occidente hacia el terrorismo ruso, por la inclinación de los oportunistas a trasladar las esperanzas de las masas sobre los dirigentes. "Aquel que espera una cartera ministerial... en el mismo grado que aquel que, con la máquina infernal bajo el brazo busca al ministro, debe sobreestimar la importancia del ministro, su personalidad, su función. Para ambos el sistema desaparece o se hace a un lado para dejar en primer plano a una persona investida del poder." Esta idea central, que dirige mi acti-

vidad du  
mos form  
Kirov.

LA ACCI

ACCION

Estado  
valer e  
austriac  
dirigía l  
demócra  
tema un  
en novi  
neas: "  
¿acarre  
dirigent  
cias po  
trataría  
El Esta  
tros y  
sus mi  
servido  
sigue t  
atenta  
obrero  
funda.  
alcanz

vidad durante largos años, la reencontramos formulada con ocasión del asesinato de Kirov.

## LA ACCION INDIVIDUAL Y LA ACCION COLECTIVA

Estados de espíritu terroristas se hicieron valer en 1911 en ciertos centros obreros austriacos. Frederic Adler, que entonces dirigía la revista teórica del partido socialdemócrata de Austria, me pidió sobre este tema un artículo para *Der Kampf*. Se lo di en noviembre de 1911. He aquí algunas líneas: "El atentado, aun el que tiene 'éxito', ¿acarrea la desorientación en los círculos dirigentes?" Eso depende de las circunstancias políticas concretas. En todo caso, se trataría de una perturbación de corto tiempo. El Estado capitalista no reposa sobre ministros y no puede ser destruido destruyendo sus ministros. Encontrará en seguida otros servidores, el mecanismo continúa intacto y sigue funcionando. Pero la turbación que los atentados terroristas acarrearán a la clase obrera es de una gravedad mucho más profunda. Si basta armarse de un revólver para alcanzar los objetivos, ¿para qué sirven, en-

tonces, los esfuerzos de la lucha de clases? Si basta un poco de pólvora y de plomo para atravesar la cabeza del enemigo, ¿para qué sirve la organización clasista? Si los grandes dignatarios pueden ser intimidados por el ruido de una explosión, ¿para qué sirve el partido? ¿Para qué las reuniones, para qué la agitación, para qué las elecciones, si se puede tan fácilmente tomar por blanco, desde las tribunas del parlamento, el sillón de los ministros? El terrorismo individual es precisamente inadmisibles a nuestros ojos, porque rebaja las masas ante sí mismas, las reconcilia con su impotencia y orienta sus perspectivas y sus esperanzas hacia el gran vengador, el liberador que vendrá un día y cumplirá su obra." Cinco años más tarde, en lo más intenso de la guerra imperialista, Frederic Adler, que me había invitado a exponer mis ideas, abatía en un restaurante vienes al ministro-presidente Sturghk. *Escéptico y oportunista heroico*, no encontró otra salida a su desesperada indignación. Por supuesto, mis simpatías no estaban con el funcionario de los Habsburgo. Opuse, sin embargo, al acto individual de Frederic Adler, la doctrina de Karl Liebknecht, que en plena guerra se lanzó a distribuir manifiestos revolucionarios en una plaza de Berlín.

## EDITORIAL

# OCTUBRE

### Libros recientemente publicados:

El Revisionismo histórico socialista.

por Jorge Abelardo Ramos, Jorge Enea Spilimbergo, Luis Alberto Rodríguez y otros.

El Cordobazo.

por Jorge Enea Spilimbergo, José Luis Madariaga, Jorge Abelardo Ramos y otros.

### Otros títulos publicados:

Marxismo y sionismo  
por Roberto Ferrero.

La cuestión nacional en Marx  
por Jorge Enea Spilimbergo.

Introducción al socialismo  
por José Luis Madariaga.

El socialismo en la Argentina  
T. I: Juan B. Justo y el socialismo  
cipaya.

T. II: De la izquierda cipaya a la  
izquierda nacional.

por Jorge Enea Spilimbergo.

### De próxima aparición:

El Radicalismo: Historia crítica  
por Jorge Enea Spilimbergo.

---

# ANDRESITO ARTIGAS

## CAUDILLO DEL EJERCITO GUARANI

---

por **SALVADOR CABRAL**

---

¿Cuántos estudiantes de historia de la Argentina (o de América Latina) saben quien fue Andresito? Seguramente que muy pocos. Basta con leer la estructura de los programas universitarios de la carrera llamada Historia para advertir las razones. Sea en los casos en que los estudiantes son llevados a adoptar el patrón liberal del pasado, sea cuando los más sofisticados adoptan los métodos de Harvard o de Oxford y transforman la historia nacional en una pura historia económica despojada de carne y alma, de clases, ideales y partidos, o cuando, por el contrario, el nacionalismo oligárquico reduce toda la historia argentina a simple coro del Restaurador Rosas, el poderoso ciclo en que brilló Artigas es poco menos que desconocido por el "argentinismo" aldeano que ignora a la Patria Grande.

Salvador Cabral, abogado y presidente del FIP de Corrientes, es autor de una obra próxima a aparecer sobre el artiguismo. El presente texto es un adelanto de esta importante contribución del revisionismo histórico socialista.

*N. de la Red.*

En la lucha que llevara Artigas durante su heroica década, sus enemigos acechaban permanentemente, a veces en forma simultánea, a veces por frentes distintos. No era para menos. El Imperio español, el Imperio británico, el Imperio portugués, la oligarquía porteña y sus pequeños socios provincianos, abundando en dineros y armas todos ellos, no daban tregua al caudillo, que entre victorias y derrotas mantenía la unidad federal de las provincias del Sur.

Era una lucha nacional, incansable y terri-

ble, con el solo recurso del apoyo del pueblo, con su coraje anónimo y colectivo, y que veía en ella la reivindicación de sus derechos, la protección de sus vidas, acechadas por comerciantes y piratas educados.

Dentro de esa lucha nacional, que al comienzo recibiera la ayuda hasta de los ganaderos orientales, el ala popular indígena, que marcaba los aspectos sociales de la lucha, estaba encarnada en un caudillo aborigen, de inteligencia aguda y bravura indómita, que resumía en sí mismo la aspiración libertaria de los guaraníes, brazo derecho de Artigas y que ingresó a la historia con el nombre de "Andresito".

Nacido en el pueblo de Santo Tomé, había sido educado por los misioneros; las luchas de su tiempo lo transformaron en el representante de los pueblos ya entonces abandonados y dispersos. Indomable como su raza, fue nombrado Comandante General de Misiones, después de reconquistar ese territorio de las invasiones de los portugueses. Sin su presencia en el norte y este de nuestro litoral, el poder de Artigas hubiera, quizás, caído mucho antes.

Tenía un apellido indio como su sangre. Tacuarí, Guacaraví o Guacuraví, según los historiadores, pero Artigas lo había adoptado como su hijo, y desde entonces, Andrés Artigas se llamaba.

No sé  
no lo  
anónimo  
guistas,  
lo hiciera  
su vida,  
dención  
vida pre  
cios a la  
arrancó  
ra las m  
Coraje.  
cia, aún  
lo verem

El his  
menor d  
alegando  
que qui  
mano de  
sión. Di  
ras. Era  
bien pro  
con rasi  
trantés,  
buena le  
de pro  
tual", tr  
como a  
mundo  
montone

Prove  
otros,  
las mis  
que tuv  
cuando  
dores d  
bre los  
De los  
puebloc  
misterio  
la lanza  
gresaba  
la lucha  
otro fue  
lo haya  
frente d

Dice  
nes: "C  
plendo  
lares r  
tido en  
su pas  
en la g  
ción fa  
vecino  
Andrés  
menaje  
bre de  
de lo  
sus fue  
día se  
das no  
tian e  
sas, h  
Legen

No sé quién dijo, pues quien lo transcribe no lo nombra, que "Andresito es el héroe anónimo de las gloriosas montoneras artiguistas, propicio el público homenaje a que lo hiciera acreedor el ideal a que consagró su vida, sin más norte ni brújula que la revidencia de su raza, y los laureles que en su vida prendiera aquella acción de los sacrificios a la libertad, en la que el desinterés arrancó al horror de la tragedia emancipadora las más vibrantes estrofas del himno del Coraje..."<sup>[11]</sup>, pero tenía razón quien lo decía, aunque no sólo eso significaba, como ya

El historiador Mantilla, el Mitre en tono menor de la cultura oficial correntina, alegando en su contra, lo describe, como que quiso ser alegato, en el cráneo y la mano de Mantilla, se transforma en confesión. Dice: "Lo adoraban sus tropas bárbaras. Era mestizo de blanco e indio, bajito, con rastros de viruelas, ojos verdes y penúltima letra y mucha perspicacia"<sup>[12]</sup>. El tono de prontuario policial de nuestro "intelectual", trasluce el origen social de su opinión, como así también las dotes que tenía y el mundo del cual provenía el caudillo. Sus montoneras lo llamarán el Carai Guazú<sup>[13]</sup>.

Provenía él, más específicamente que otros, de las comunidades despojadas de las misiones, de aquellos indios misioneros que tuvieron que volver al fondo de la selva, cuando los esclavistas portugueses, vendedores de carne humana, se abalanzaron sobre los pueblos que trabajaban cantando. De los montes lejanos, de los abandonados pueblecitos, desde las lagunas desiertas y misteriosas, los viejos guaraníes retomaban la lanza, montaban el primer caballo, e ingresaban, de esta manera, con Andresito, a la lucha por la emancipación americana. No otro fue su contenido. No hay otra causa que lo haya decidido a ingresar a la historia al frente de los guaraníes.

Dice sobre él un historiador de las misiones: "Como una resonancia del pasado esplendor, tomó prestigio una figura de singulares relieves, un aborigen minuano convertido en caudillo, cuya vestimenta estrofalada, su pasión justiciera por los indios y su arrojo en la guerra, despertaron a la vez la admiración fanática de su gente y el recelo de los vecinos acaudalados. Andrés Guacaravi, o Andrés Artigas como solía llamarse en homenaje a su padre político"... Era un hombre de buen corazón y mucho más instruido de lo que pudiera suponerse. "Cuando sus fuerzas ocupaban alguna ciudad, se ofendía sensiblemente si las familias caracterizadas no concurrían a sus festejos, que consistían en representaciones dramático-religiosas, heredadas de la educación jesuítica"<sup>[14]</sup>. Legendario e inteligente, bondadoso y bravo,

defensor de su pueblo y de su Patria, como ya lo veremos, tal era el jefe indígena que luchó hasta su muerte contra los esclavistas portugueses, y que, al frente de sus milicias guaraníes, reivindicaba en los hechos a un pueblo y a una época, hacia temblar a encomenderos y comerciantes de esclavos, e integraba vastos sectores abandonados de la sociedad de entonces, a la lucha por la unidad nacional de los pueblos del Sur.

Todos los historiadores de Corrientes encuentran en él, por supuesto, un gran "bandido". Su paso por la provincia se presenta, maligna y artificiosamente, como una horda sangrienta, cargada de odio, sedienta de maldad y venganza. De esta manera se esconde su verdadero significado. No es nuevo el método, ya lo sabemos. Pero, en este caso, son tan absurdos los preparados argumentos, que solamente bastaría, para reivindicar al caudillo, con leer entre líneas las encuadernadas mentiras. A nuestras conclusiones aportaron, también, esas lecturas.

Era el año 1818. El gobernador artiguista Méndez estaba al mando de la provincia, que gozaba por entonces una relativa tranquilidad social, en época de guerras y acechanzas. Quinientos hombres, de armas distintas, cuidaban la capital de la provincia; hombres armados de distintas maneras custodiaban los demás pueblos del interior provinciano. Pero la mayor parte de ellos estaba sobre la costa del Paraná cerca de Ytati, al mando del capitán Vedoya, custodiando las espaldas de Andresito, que luchaba contra los portugueses y vigilaba, al mismo tiempo, a los contrabandistas españoles y paraguayos.

Pero Artigas, por ese entonces, había tenido un momento de debilitamiento en su lucha. El general Lecor, al mando de las tropas portuguesas, ocupaba Montevideo. Artigas se replegaba hacia el oeste.

En ese momento, el director Pueyrredón, rico ganadero porteño, trata de quebrar en Corrientes el poder artiguista, dando un golpe de mano. Y como no podría ser de otra manera, recurre al dinero y a la intriga para asestar el golpe a una de las provincias federales. A mediados de marzo llega a Corrientes desde Buenos Aires, temeroso e intrigante, don Elías Galván, chismoso de aldea, ex gobernador derrotado.

"Comisionado confidencial", dicen algunos, "con la representación del gobernador de Buenos Aires y bajo la excusa de operaciones de comercio", dicen otros, el coronel Galván, "en desgracia política desde la caída de Alvear", venía con el premeditado plan, elaborado por los comerciantes porteños para que él ejecutara, de poner a Corrientes bajo las órdenes de los directoriales. Artigas quedaría así, sin esa importante retaguardia, en su lucha incesante contra distintos frentes.

Experto en intrigas, Galván puso su plan en acción, reuniéndose con la "gente decente", que ahora, débil Artigas, quería apuñalarlo por la espalda.

No se sabe, en verdad, si el gobernador Méndez fue partícipe de la conspiración anti-artiguista, pero lo cierto es que, en todo caso, estaría dispuesto a hacer oídos sordos para inclinarse ante el hecho consumado.

Encontrándose Artigas en retirada frente al imperio portugués, Misiones amenazada por el Dr. Francia por nuevas invasiones a Candelaria, Balcarce marchando desde Buenos Aires acuartelaba en San Nicolás el ejército del Norte llamado a bajar hacia Santa Fe, Corrientes encajonada entre la selva chaqueña y la guerra portuguesa, don Juan Bautista Méndez no podía sentir sino que la tierra temblaba bajo sus pies. Aquella situación lo llevaba a ser un cómplice pasivo de la conspiración, y Méndez no era Andresito.

El 24 de mayo, en pleno preparativo del aniversario patrio, se da el golpe. Encabezaba el mismo el coronel Vedoya, custodio hasta ayer de la frontera norte, y único jefe de las milicias organizadas. Detiene a Méndez y se hace nombrar gobernador interino. Obtuso y engreído, Vedoya hace reunir el Cabildo, al son de campanas, e impone su nombramiento.

El hecho conmociona a la provincia que se carga de intrigas y revueltas, de las que sólo podían sacar ventajas el Imperio portugués o los porteños.

El capitán Escobar, al enterarse del hecho, marcha desde Curuzú hacia el norte. Vedoya le sale al encuentro. Pero en una extraña y teatral coincidencia, ambos se esperan, entre Saladas y San Roque, sin librar combate. Tampoco se podría afirmar si Vedoya se le adelantó en el tiempo a un hecho que también Escobar estaría dispuesto a encabezarlo, pero lo cierto es que la risueña comedia de ambos contrincantes reflejaba, en última instancia, la debilidad momentánea por la que pasaba el poder artiguista y el creciente poder de Buenos Aires que estaba detrás de las intrigas.

Artigas desde lejos sigue el rastro de estos hechos. Desde su campamento de combate, al enterarse, comprendió en seguida de qué se trataba. La mano de Pueyrredón y de su mandatario Galván estaban detrás de todo esto. No podía haber la menor duda. Y, entonces, tomó el toro por las astas.

No podía avanzar él mismo, pues sus fuerzas resistían contra los portugueses sobre el oriente; las caballerías entrerrianas estaban apoyando a Santa Fe contra la expedición de Buenos Aires, que, además, cabalgaban en ellas un buen número de jinetes correntinos; entonces, dio orden a su famoso comandante, don Andrés Artigas, de que marchase sobre Corrientes para reincorporarla a la Liga Federal. Andresito emprendió la marcha.

No se hizo esperar mucho porque estaba listo. Había logrado, en desigual y temeraria lucha, la retirada de los portugueses de Misiones, incorporando a sus filas varias partidas de aborígenes que estaban "enganchados" en el ejército enemigo, avanzando hasta Santo Tomé, desplazándose luego hasta Candelaria y reconquistándola para la Confederación del Paraná.

Reconstruido y fortificado su poder, marchaba ahora hacia Corrientes. En sus tropas cabalgaban las capas más profundas del pueblo que, con su sola presencia, conmovía a la pequeña sociedad correntina de entonces. El desdichado Mantilla, con la misma intención hoy mencionada y el mismo resultado, describe el carácter de sus "montoneras".

"Era un conjunto aterrador y repugnante —dice—, una indiada poco menos que desnuda, sucia, fea y de aspecto feroz; unos llevaban harapos; otros, raídos chiripaes tan sólo, y otros se cubrían con pedazos de cuero"<sup>[5]</sup>. Tal era el ejército que venía a desbaratar en Corrientes, la conjura de los ganaderos y comerciantes porteños. Detrás de Mantilla hablaba históricamente la clase "decente" que había preparado en ese tiempo el golpe artero. Un conocido perfume portuario se respira en el fondo de esos calificativos.

Andresito se acerca a Corrientes. Acampa en la región de Ytatí. Están unos días. Al enterarse el Cabildo le "intima" retirarse. El caudillo contesta: "Oportunamente dará satisfacción al vecindario de la capital"<sup>[6]</sup>. Sabía lo que hacía, observaba el desenvolvimiento de los hechos y a los personajes; obraba como criollo que recién llega.

Trata de salirle al encuentro el sargento mayor Francisco Casado, encomendado por los conspiradores de "contener el orgullo de los indios", tarea que no será tan fácil cumplir, como ha de verse.

El porteño Casado salía de Saladas hacia el norte: Andresito los espera en las lomas de Caá Catí, y, sin enfrentamiento, en un permanente desplazarse entre lanunas y montes, amenazando y desapareciendo, confunde a Casado, y el porteño agota sus minuciones sin haber visto siquiera al enemigo. En aparente retirada, sin persecución alguna, Andresito gana tiempo para el choque frontal, esperando las caballadas que venían en su apoyo al mando de aquel otro rebelde guaraní, combatiente antiportugués, federal artiguista, Don Pantaleón Sotelo.

El militar de los conspiradores, ni lento ni perezoso, y ya sin municiones, manda la noticia que Andresito se había ido del territorio. No sabía con quién peleaba; las caballerías de Andresito y Sotelo aparecen por el lado de San Miguel, que le dan alcance a Vedoya cerca del río Ambrosio, desbaratando sus tropas. Sin resistencia alguna, ya había ocupado Caá Catí y, con extraordinaria rapidez, había vencido a Casado en Saladas,

que por otra  
Los conspi  
ejército de A  
a marchar so  
ya, su herma  
Vedoya, el  
comprometid  
tínez y J. V  
pudientes y  
embarcaron  
y huyeron  
cuenta Herr  
a la capita  
men para fu  
cipales com  
guno pensó  
lo",<sup>[8]</sup> dice  
pues era "I  
en contra  
tigas.

Andresito  
Campbell,  
que había  
do las inva  
criollos. Lu  
sito, lo non  
rina y jefe  
ros. Adela  
sonaje que  
rentemente  
al ejército  
incluso cu  
Andresito

Andresi  
che hacia  
sistencia,  
dante mis  
garquía p  
vincia se

Es muy  
conocer  
tórico, la  
te por su  
llegada:  
nes, del  
puso que  
ran abier  
fuerzas;  
dios mis  
doya y  
doméstic  
tado po  
"ignorar  
dio, que  
bierno.  
evitar c  
rrupción  
diata d  
servicio  
esclavo  
ciantes  
hará to  
los trat  
lo que  
ticia.



que por otra parte estaba ya sin municiones. Los conspiradores quedan despavoridos. El ejército de Andresito, casi intacto, se apresta ya, su hermano el comandante Angel Mariano Vedoya, el Dr. García de Cosío, los hombres comprometidos como los regidores J. P. Marquand y hasta la escolta del primero, se embarcaron en los buques surtos en el puerto cuenta Hernán Gómez. "El gobernador huyó men para fugar a Buenos Aires con los principales comprometidos en su revolución. Ninguno pensó en resistir; era imposible hacer pues era "la gente decente" que conspiraba en contra del apoyo popular que tenía Artigas.

Andresito se encuentra en Saladas con Campbell, aquel extraño irlandés artiguista que había desertado del ejército inglés cuancriollos. Luego luchó junto a Artigas y éste lo nombraba comandante general de marina y jefe de la vanguardia de los misioneros. Adelantemos ya, que este extraño personaje que aparece en nuestra historia, aparentemente ansioso de aventuras, siguió fiel al ejército artiguista hasta el último momento, incluso cuando ya algunos lugartenientes de Andresito lo habían traicionado.

Andresito da orden a Campbell que marche hacia la capital, y éste la toma sin resistencia, para esperar la llegada del comandante misionero. La conspiración de la oligarquía porteña, estaba derrotada. La provincia se había recuperado.

Es muy importante tener en cuenta, para conocer su pensamiento y su significado histórico, las medidas que manda llevar adelante por su lugarteniente y que preceden a su llegada: "requisó todas las armas y municiones, del Estado o de los particulares"; "dispuso que las casas de comercio permanecieran abiertas sin recelo de la presencia de las fuerzas; que se le devolviesen todos los indios misioneros traídos por el coronel Vedoya y que se repartieron para el servicio doméstico; que saldasen las deudas al Estado por los comerciantes..."<sup>[9]</sup> Extraña "ignorancia" aquella, la del comandante indio, que tomaba semejantes medidas de gobierno. Aumentar las armas de su milicia, evitar cualquier sabotaje comercial o interrupción de cualquier tipo, libertad inmediata de los indios que, bajo pretextos de servicios domésticos, no eran otra cosa que esclavos, y el pago sin plazo de los comerciantes al Estado, tales eran las medidas que hará tomar el caudillo que, sin haber leído a los tratadistas europeos, parece que sabía lo que era el ejercicio del poder y la justicia.

**Andresito llega a la capital de la provincia.** Lo acompaña José López "López Chico", como le llaman sus paisanos, también oficial de Artigas que lo sigue hasta su derrota, para después ponerse a las órdenes de don Pedro Ferré.

Su llegada es toda una ceremonia. Cinco kilómetros antes de la ciudad, dejó su caballo, entregó su sable, y avanzó caminando. Lo acompañaban dos escuadrones de caballería y uno de infantería; delante de cada uno de ellos flameaban las banderas de Artigas. Detrás suyo cabalgaban mil indios guaraníes.

Salen a recibirlos, recelosos e inquietos, los sacerdotes; también se presenta el Cabildo. Se aloja en una Iglesia para escuchar himnos y canciones religiosas. Hace preparar y asiste a un solemne tedeum, y toma posesión de la ciudad haciendo un desfile por la plaza principal con todo su legendario ejército. Andresito acostumbraba a realizar estas ceremonias; véase en ellas una reminiscencia heredada de los jesuitas y no un acto de monarquía "bárbara", como dice la acusación infamante de los liberales.

Manda para que se haga cargo de Goya, a otro jefe guaraní, Francisco Javier Sity, de peso e influencia en las filas montoneras. Mantilla, al describirlo, nos da la pauta de los intereses que representaba; dice: "Indio alto, joven aún, perverso como ningún otro, taimado, borracho superlativo, activo y muy valiente; cometió iniquidades en Goya... Después de la derrota de Campbell en Santa Fe, quedó Sity con Estanislao López a cuyo lado reunió a los misioneros dispersos... celebrados los tratados que pusieron término a la guerra contra las tropas de Buenos Aires, retornó a Corrientes".<sup>[10]</sup> Injurioso contra los jefes del pueblo, como buen mitrista, Mantilla no logra borrar el valor de aquel caudillo que pasó parte de su vida luchando, desplazándose de frente en frente, motivado por una causa que no logró penetrar la resistente frente de Mantilla. Además, Campbell, no volvía derrotado, precisamente.

El estado mayor de Andresito estaba formado, en su mayoría, por jefes indios de apellidos guaraníes, Sity, Vicente Tiraparé, jefe del estado mayor; Blas Uré, Baibé, y Sotelo, comandantes de distintas armas; Asencio Abearé, Quereté, Tycurey, y Javier Ariyú, entre otros, nos dejan ver, claramente, el origen y contenido social de aquel ejército que dejaba perpleja a la conservadora y pequeña población correntina.

Las montoneras de Andresito, indicábamos hoy, expresaban, más agudamente, el aspecto social que contenía la lucha nacional del artiguismo. Eran los indios que veían en Artigas y en su lugarteniente Andresito, la síntesis de sus aspiraciones elementales, y entremezclaban históricamente, con su presencia, los aspectos nacionales y sociales

que expresaron las montoneras, destacándose estos últimos en los milicianos de Andresito. Muchos de sus actos de gobierno tendrán ese signo inequívoco.

Por esa razón, la presencia en Corrientes de las caballadas indígenas, no sólo causó efecto y estupor en los sectores aliados a Buenos Aires. Alarma, espanto y odio sintieron los distintos sectores sociales al verse bajo las órdenes del jefe indio.

Los viejos encomenderos —ahora estancieros— comerciantes y pequeños industriales, quedaron absortos y espantados por ese conglomerado que surgía de los montes y venía a dirigir la provincia, en otros tiempos "educada". Hasta el brigadier Ferré, por ejemplo, testigo por entonces, defensor del federalismo luego, amigo de los indios incluso, no recuerda muy bien aquel momento. Nos dice: "los habitantes abandonan sus hogares, la emigración se aumenta sensiblemente, las familias que no tienen lugar en ella huyen con pavor a aislarse en los bosques más lejanos; libres de los fascinerosos de las cárceles, se las repuebla con ciudadanos beneméritos, sin exclusión de los ministros del santuario; el llanto y la amargura asaltan todas las clases de la sociedad: un terror pánico se apodera del pueblo" [14]. Hombre del pequeño patriado, carpintero de ribera descendiente de españoles, gobernador varias veces en el futuro, aunque profundamente nacional y antiporteñista, ya sea contra Rivadavia o contra Rosas, don Pedro Ferré no entendía del todo el significado de la aparición de aquellos indígenas transformados de golpe en gobernantes, representantes, sin duda, de olvidados sectores sociales que la revolución del siglo XIX había puesto en movimiento. Pero no eran "todas las clases de la sociedad", las que tenían el mismo sentimiento frente a las montoneras de Andresito.

No lo habrán sentido así, por ejemplo, aquellos indios misioneros que él manda liberar antes de entrar a la capital, y que Vedoya los había esclavizado como "sirvientes"; tampoco los prisioneros que se manda liberar, y que estaban condenados por la dudosa justicia aldeana de entonces. Seguramente, sí, los hijos de la gente principal, a quienes Andresito ordena levantarse al alba, todos los días, para realizar la limpieza de la ciudad. No, no eran "todas las clases de la sociedad" las que estaban descontentas.

Muchos de los actos de Andresito tendrán ese nítido significado. Nos dice un historiador, al respecto: "Cierta vez, matronas correntinas reclamaron sus hijos, que Andresito había incorporado a su ejército para desquitarse de la esclavitud de unos indiecitos; se los devolvió diciéndoles: "Pueden llevarse a sus hijos, pero recuerden en adelante que las madres indias también tienen corazón" [15]. No era tan "salvaie" el jefe indio que procedía de esa manera. Pero la "gente principal"

estaba perpleja.

Sus proclamas expresan claramente el sentimiento nacional y social que contienen sus ideas. Mantilla las transcribe, con el objeto de demostrar su "ignorancia", dado los errores ortográficos y de redacción que tienen. Dice una de ellas textualmente: "Tropas dispersas: Conozco que Te haveis distinguido tanto Tiempo y que te haveis caracterizado con onor: aora os beo como hijos pródigos, padeciendo por amor a su madre Patria, por beros libre de los Tiranos ¿y que andais ahora sin Padre, sin Dueño, y sin Señor? Esto ha llegado al sumo de mi consideración, el desconsuelo en que os hallais; y Tal vez esteis con algunos temores por esos lugares exabrosos de los montes y Desiertos.

Dexad pues esas habitaciones peligrosas, seguid como anteriormente en desempeñar a la Patria, acompañadme a su defensa: que por mi y por la Patria sereis premiados. También si les acompañen algunos delitos, serán indulgentes con toda seguridad. Por tanto corred que va se preparan vuestros Compañeros a la pelea con sus enemigos. Este Gobierno todo os asegura y facilitan empeño, y esmero que sereis salbos y libres hantes que no doblar la serbis al Tirano. La muerte será una gloria, el morir libres, y no vivir esclavos que como Heroes los posteriores cantarán. Es dado en este Cuartel General de mis fuerzas libres a 2 de Noviembre de 1818. Andrés Artigas" [16]. A pesar de no citarse la fuente, podrá no haber sido buen literato el caudillo guaraní, como tampoco Mantilla, pero sabía muy bien lo que quería y lo que necesitaba su pueblo. La Patria y los perseguidos no son nombrados en vano en sus proclamas y, por ello, no eran "ignorantes" sus paisanos al reconocerlo y seguirlo. La devoción de su vida asumida como lucha, incansante y permanente, le había conferido la indiscutible autoridad que tenía frente a sus iguales.

Las inmediatas medidas de gobierno que toma él mismo, profundizan nuestra visión sobre el caudillo. En primer lugar, cierra todos los puertos correntinos para todos los buques que no sean provenientes de alguna de las provincias que integran la liga Federal, evitando, así, el contrabando de los ingleses, españoles, y clandestinos mercaderes paraguayos.

Nombra una comandancia general de marina, al mando de Campbell, a quien ordena la detención de todo buque que, sin permiso, navegase el Paraná, deteniéndose por la fuerza a los que pasaban y requisándose sus cargamentos que eran vendidos, luego, en su organizada "Tienda del Ejército Guarani" en la que estaban obligados a comprar sus productos existentes, todos los vecinos pobladores de la ciudad, como forma de obtener recursos no forzados, en una etapa de guerra. Extraño espíritu el de este caudillo,

que busca  
medios, ter  
y más de  
denes. A lo  
da tomada  
nificado hi  
maban tod  
interiores  
la usurpac  
parte de  
en ese us

La tesoro  
no dejó c  
mente ad  
ningún at  
propio Ma  
lo que no  
"ladrón",  
José Gen  
cional". [17]  
cambiado

Pero v  
del año c  
la provin  
no había  
de los a  
por la s  
quienes  
mingo R  
naventur  
Lagraña,  
quel Ro  
dencias,  
presenta  
y se ren  
pañá,  
dejando  
zada. Pe  
en vez  
tes obe  
puso en  
rrientes  
fina cap  
riador H  
Andres

así lo r  
la trad  
unanim  
colectiv  
como g  
ganiza  
divisio  
Com  
Don J  
sus se  
hacia  
pez se  
para la  
nos A  
las fu

Una  
La rev  
en el  
ciant  
tres n

Com  
Don J  
sus se  
hacia  
pez se  
para la  
nos A  
las fu

Una  
La rev  
en el  
ciant  
tres n

que busca formas organizativas para obtener medios, teniendo una provincia a su mando y más de mil indios a la espera de sus órdenes. A lo mejor un poco "bárbara" la órden tomada con los puertos, pero en su significado histórico, eran las mismas que to interior, como actitud defensiva frente a la usurpación de las rentas nacionales por parte de Buenos Aires, heredera del Virrey en ese usufructo.

La tesorería general de Rentas Generales no dejó de funcionar un solo día, perfectamente administrada, sin sufrir, tan siquiera, ningún atropello. Hecho este que hasta el propio Mantilla lo reconoce expresamente, "ladrón", como otro liberal al caudillo de José Gervasio "la más grande desgracia nacional".<sup>[15]</sup> El liberalismo oligárquico, no ha cambiado de métodos.

Pero volvamos a los hechos. En octubre del año dieciocho, reorganiza el gobierno de la provincia. En acuerdo de los regidores que no habían emigrado se procede al "relevo de los actuantes". Sorprende a la población por la selección imparcial y democrática, quienes resultan electos: José de Silva, Domingo Rodríguez Méndez, Pedro Cabral, Buenaventura López, Bartolomé Quiroga, José Lagaña, P. D. Cabral, Cristóbal Barria y Manuel Romero.<sup>[16]</sup> Hombres de todas las tendencias, hasta los porteñistas, estaban representados. Se nombran alcaldes de barrio, y se renuevan las autoridades de toda la campaña, "con una prolijidad sintomática",<sup>[17]</sup> dejando a la provincia perfectamente organizada. Pero lo notable del hecho está en que, en vez de nombrar un conjunto de cabildantes obedientes, como podría haberlo hecho, puso en el cabildo a hombres de todas las corrientes, como se ha visto, demostrando su fina capacidad práctica de político. El historiador Hernán Gómez, también enterrador de Andresito, aunque más serio que Mantilla, así lo reconoce. Dice: "Andresito continuaba la tradición local que siempre repudió las unanimidades en los cuerpos institucionales colectivos de la provincia"<sup>[18]</sup>. Se repuso como gobernador lógicamente, a Méndez. Organizada institucionalmente la provincia, las divisiones indígenas eran su fuerza armada.

Comenzado noviembre, un nuevo reclamo: Don José Gervasio Artigas requiere urgente sus servicios. Había que marcharse, ahora hacia Santa Fe, donde su lugarteniente López se encuentra en peligro y solicita apoyo para la lucha contra los directoriales de Buenos Aires. Este sería el nuevo destino de las fuerzas guaraníes.

Una nueva ofensiva en ese frente se abría. La revolución que puso a D. Estanislao López en el gobierno exaltó de furia a los comerciantes porteños y, con Balcarce a la cabeza, tres mil hombres bien pagados y armados se

apoderaron de Rosario. Luego emprenden la marcha hacia Santa Fe, acompañados por la escuadrilla de Matías Irigoyen, pero ante la resistencia de la guerra gaucha que le ofrece López, y la marcha en su ayuda de las caballerías entrerrianas y las montoneras indígenas de Andresito, decide retirarse, desparado y alarmado.

La crisis del año 20 se acercaba. Cuatrocientos jinetes entrerrianos al mando de Ricardo López Jordán y trescientos milicianos guaraníes de Andresito, más las fuerzas navales de Campbell, marchaban para defender la Liga Federal.

Para mandar sus hombres, Andresito organizó sus fuerzas milicianas, y se trasladó a Goya para asistir a la partida; también desde Misiones reclaman su presencia. Las montoneras guaraníes montan de nuevo sus caballos hacia distintos frentes.

Desde Goya imparte las últimas directivas. Campbell zarpa hacia Santa Fe con una precaria escuadrilla y unos seiscientos hombres... "indios guaraníes, indios del pueblo de Santa Lucía, esclavos, mulatos de la Capital y gente de la campaña". Así estaba integrado el ejército que iba a luchar contra los soldados rentados por ganaderos y comerciantes. Como segundo jefe de la tropa iba Javier Sity, uno de los puntales bravos de Andresito. "Suplente de Campbell... en las ausencias de éste", quedaba Don Pedro Ferré.<sup>[19]</sup>

Ordena también a Tiraparé que se traslade desde la Capital hasta Caa-Catí, donde lo esperarían Baibé y Sotelo con sus tropas, para desplazarse hacia Misiones, y encontrarse en Cambai, para combatir los avances portugueses que se reiniciaban.

El oficial Abearé quedaría al frente de las tropas de la Capital, pues Méndez ya había sido repuesto como gobernador. Andresito sale desde Goya y recorre la provincia. Queda también en la Capital, su compañera, Melchora Caburú.

Téngase presente la cantidad de hombres en armas de que disponen los jefes indígenas sin otro recurso que la voluntad de combatir de sus montoneros, en un momento en que Corrientes tenía un poco más de cinco mil habitantes. El carácter popular de la lucha surge claramente.

La marcha de Andresito por el interior de la provincia es de suma importancia para apreciar otros de los aspectos de su pensamiento, quizá el más destacado. Los liberales dicen que a su paso por los pueblos iba "sembrando el espanto y la ruina"<sup>[20]</sup> como era de esperar. Pero la verdad es muy otra y muy interesante.

Como encarnadura de sectores sociales que reclamaban su emancipación dentro del marco de las luchas nacionales, Andresito fue liberando esclavos e indios en cada uno de los pueblos, y aboliendo todo tipo de ser-

vidumbre que encontraba. Los indios y esclavos liberados se incorporaban a su ejército. Es por ello que en pocos meses "aumentó el número de indios que todavía ocupaban la provincia",<sup>[221]</sup> teniéndose en cuenta que, por entonces, varias de sus divisiones habían partido hacia otros frentes de combate.

El carácter social de la lucha se profundiza en esta etapa. Entregaba tierra a los desposeídos, expropiando si era necesario, así nomás, por su propia ley, sin ley agraria. Era la versión indiana del propio Artigas. Sus hombres lo seguían y aumentaba día a día su influencia, porque aquellos hombres marginados hasta entonces de la propia vida, no entendían de leyes, por supuesto, pero entendían, clara y sencillamente a Andresito. Era un entendimiento elemental, realista, y por lo tanto, verdadero. Se comprenderá, entonces, el odio nacido en los contrabandistas de ganado, estancieros y comerciantes de Corrientes, que miran a Andresito con espanto. Los historiadores posteriores recogieron el pensamiento de aquellas clases.

El Dr. Hernán F. Gómez, sin comprenderlo, claro está, refleja inconscientemente, el carácter revolucionario de aquellas medidas expropiatorias tomadas por el caudillo, cuando nos dice, en tono de denuncia: "Traía un amplio cortejo de odios y prevenciones. Educado en las tradiciones de su raza, que pretendía elevarla a la dignidad de la vida civilizada, vio en los hombres de Corrientes a unos usurpadores de los territorios de su pertenencia histórica, y erigiéndose en instrumento de la vieja política jesuita que enfrentó, en el período colonial, el poder de la Ciudad de Vera al abuso de los padres de la Compañía de Jesús, usurpó y castigó invocando la herencia que representaba. Había en los actos de Andrés Artigas como una sombra de justificación, no desde el punto de vista de Corrientes que siempre fue víctima de la República Jesuítica de Misiones sino desde el más general de la política practicada por los gobiernos revolucionarios, inspirada en el alegato que formularan los jesuitas, en 1678, en que para defender sus intereses privados dijeron que todas las tierras eran de los indios".<sup>[223]</sup> ¡Exactamente! Era una especie de "sombra", una versión "bárbara", de un gobierno revolucionario. Una raza vieja que entraba a la historia nueva con sus propios métodos. Elevar a una vida digna a su pueblo, esa era la bandera del gran indio!

Sintetizando un poco, veremos que hubieron tres aspectos esenciales que caracterizaron sus actos de gobierno; proteccionismo, frente a los comerciantes y contrabandistas de todo tipo; revolución agraria y social, a su manera, liberando a su paso esclavos y "sirvientes"; y lucha por la independencia de su tierra, en la defensa incansable de la

unidad federal de las provincias del sur. Las mismas banderas de Artigas!<sup>[223]</sup> Las que hicieron que abandonaran al caudillo oriental los ganaderos y comerciantes que lo apoyaban al comienzo, y, al mismo tiempo, que lo siguieran hasta el final una multitud de hombres desharrapados, indios y peones, demostrando qué libres eran, en realidad, los pueblos que seguían al Protector.

Y tenía razón Andresito al reclamar, en los hechos, la pertenencia histórica de esos territorios. De ellos habían sido, hasta que vinieron los encomenderos a usurparlas. También fue cierta la herencia que representaba, de las viejas misiones saqueadas, florecientes un día, mercadería de los esclavistas portugueses luego, obligadamente dispersadas en la selva, regresaban ahora, con Andresito y sus montoneras indígenas, para poder reclamar sus derechos ante la historia.

Un historiador, dice al respecto: "... tampoco deseo terminar sin hacer notar que para algunos historiadores, cuando las depredaciones aumentan los caudales financieros de la Compañía de Jesús, ellas son, sino aplaudidas, disimuladas; pero cuando invade Andresito en nombre de Artigas, la técnica catécúmena es reputada "atroz", "bárbara", sin escatimar adjetivos. Esto constituye una falsificación encajada en la historia".<sup>[241]</sup>

En los primeros días de marzo del año 19 llegaba de nuevo a la capital correntina después de recorrer la provincia. A la semana, llega Campbell desde Santa Fe. En medio de los festejos por los triunfos obtenidos por los federales en aquella provincia, le llegan noticias que las tropas portuguesas avanzan desde el Este. Andresito prepara su partida, y se va para siempre. Pide una contribución al pueblo, para el mantenimiento y equipamiento de la tropa, en el nuevo frente de lucha que se abre.

El 23 de marzo, se retira al trote, al frente de sus montoneras. Abearé queda con unos indios al mando del gobernador Méndez. Campbell, con su mismo cargo.

El caudillo parte, por orden de Artigas, para encabezar la lucha en el frente donde peleaba uno de los más peligrosos enemigos: el Imperio Portugués.

Llegado a las misiones, Andresito reorganiza sus tropas y avanza de nuevo sobre los portugueses. Va al mando de la otra división, el indómito Tiraparé.

Rumbo hacia el este, cruzan sin resistencia el Río Uruguay; intrépidamente, en sucesivas cargas ofensivas, se interna en las misiones orientales, ocupando San Nicolás y batiendo repetidas veces a Chaga Santos, el general de los esclavistas, quien se repliega hasta Palmeiras.

Andresito prepara una gran ofensiva, pero en el paso de Itacurubí, cuando andaba con la mitad de sus tropas, lo sorprende el general Abreu y lo derrota, quedando en el

suelo m  
Andres  
las cost  
toman  
envían  
Allá,  
comerc  
queros  
Andrés  
bres ha  
carga y  
moría e  
de los  
quedab  
año ve  
Cuan  
muerte  
ro. Los  
plegan  
cia las  
Y esta

Un a  
mas, lo  
bres lí  
portefa  
sonreír  
mente.  
apunta  
con la  
grande  
rramier

1. He
- Co
- ta
2. Ma
- vir
3. Jo
- La
- de
- un
4. Ra
- La
- 14
5. M
6. M
7. G
8. M
9. H
10. M
11. D
- pa
12. R
13. M
14. M
15. R
- el
- 15
- m
16. H
17. H
18. G
19. Ju
- li
20. M
21. M
22. G
23. J
24. W
- C

suelo más de doscientos guaraníes muertos. Andrésito logra escapar mal herido, pero en las costas del río Uruguay, lo alcanzan y lo toman prisionero. Capturado y vencido, lo envían a Río de Janeiro.

Allá, en la base estratégica de los refinados comerciantes ingleses, condenado por ban- queros y monarcas, encadenado y prisionero, Andrés Artigas, el indio de los muchedum- bres harapientas: el que pasara su vida, entre carga y carga, liberando esclavos e indios, moría en el sótano de una cárcel del imperio de los esclavistas. Las espaldas de Artigas quedaban descubiertas. Las traiciones del año veinte se acercaban.

Quando sus hombres se enteraron de la muerte, la noticia triste corrió como un regue- plegando, hacia los esteros y los montes, ha- cia las lagunas y los bañados interminables. Y esta vez, para siempre.

Un año después, Artigas y el pueblo en ar- mas, los derechos conquistados y los hom- bres liberados, eran vencidos. La oligarquía porteña, Inglaterra y el imperio portugués, sonreirían, pero nada más que momentánea- mente. Las tacuaras otra vez volverían a apuntalar la marcha de la historia, aunque no con la visión de Artigas. La patria vieja y grande, jaqueada y dividida, sufría un desg- ramiendo.

Junio de 1974.

1. Hernán F. Gómez. Historia de la Provincia de Corrientes — De la Revolución de Mayo al Tratado del Cuadrilátero. Pág. 252.
2. Manuel F. Mantilla. Crónica Histórica de la Provincia de Corrientes, tomo II, pág. 214.
3. Jorge Abelardo Ramos. Historia de la Nación Latinoamericana, pág. 252. Carai Guazú, quiere decir, Señor Grande. Significaría, algo más que un jefe.
4. Ramón Tissera. De la Civilización a la Barbarie. La Destrucción de las Misiones Guaraníes, págs. 147 y 148.
5. Mantilla, ob. cit., pág. 213.
6. Mantilla, ob. cit., pág. 210.
7. Gómez, ob. cit., 250.
8. Mantilla, ob. cit., pág. 211.
9. H. Gómez, b. cit., pág. 251.
10. Mantilla, ob. cit., pág. 220.
11. Don Pedro Ferré, citado por H. Gómez, ob. cit., pág. 253.
12. Ramón Tissera, ob. cit., pág. 148.
13. Mantilla, ob. cit., pág. 214.
14. Mantilla, ob. cit., pág. 217.
15. Ramón C. Carriegos. La Revolución de Mayo y el general y caudillo don José Gervasio Artigas. 1946, Bs. A., pág. 1 y sigs. Toda la obra no es más que una difamación contra Artigas.
16. H. Gómez, ob. cit., pág. 257.
17. H. Gómez, ob. cit., pág. 258.
18. Gómez, ob. cit., pág. 256.
19. Justo Díaz de Vivar. Las luchas por el Federa- lismo, pág. 62.
20. Mantilla, ob. cit., pág. 216.
21. Mantilla, ob. cit., pág. 220.
22. Gómez, ob. cit., pág. 255.
23. J. A. Ramos, ob. cit., pág. 253.
24. Wenceslao Néstor Domínguez. El Artiguismo en Corrientes. Bs. As., 1973, pág. 140.

# LA ARGENTINA DE 1920 COMO LA VEIA RUFINO BLANCO FOMBONA

—Y de la Argentina, ¿qué me dice?

—Qué he decirle yo que ella no diga de sí misma todos los días? Mucho trigo, mucha lana, mucho bovino, mucho porcino. Argentina es un país, hasta ahora, sin carácter. El espíritu de América le debe poco. Se creería que no pudiendo ser la cabeza de Sud-América, ha preferido ser lo sotacola de Europa. Lo imita todo; aunque a la verdad, los demás americanos ¿hacemos otra cosa? Argentina es un pueblo contento de sí, vani- doso. Cada químico, allí se cree un Pasteur; cada literato, un Víctor Hugo. De Alfauerte, que es un poeta bastante medianejo, dicen que es un genio. Creen que poseen el mejor Museo del mundo por- que tienen cuatro Venus de yeso y tres sátiros de mármol. Como Ud. ve, es una mentalidad candoro- sa. Si yo no temiera ofenderlos —porque entre ellos hay también muchos hombres de gran talento y gran sensatez— diría que sus tipos representa- tivo son Mitre y Rivadavia: dos megalomanos ridi- culos. Pero ya es sintomático que en Buenos Aires, a los dos, los eleven al pináculo. ... La Argentina de 1970 es, desde ahora, un país de todo mi agra- do; porque la Argentina perderá muy pronto ese aspecto de pedancia y de suficiencia que, en el fondo, es más bien de Buenos Aires que de todo el país. Tengo absoluta confianza en el magnífico porvenir de aquel pueblo. La Argentina será, en todo sentido, uno de los grandes pueblos del mun- do. ¡Como se reirá entonces de sus genios de ahora!

Rufino Blanco Fombona es uno de los grandes escritores de América Latina. Pensa- dor bolivariano, amigo de Manuel Ugarte, in- cansable luchador, fue una de las figuras más notables de la generación del 900. Ex- traemos el párrafo anterior de "La espada del samurai". Va de suyo que Blanco Fom- bona es en la Argentina de 1974 un per- fecto desconocido. Pero pregunte el lector al "nombre culto" corriente quién es Althusser o Sartre y sabrá decirle al menos dos pala- bras, aunque sean naturalmente, palabras vacías.

# COMO FUNCIONABAN LOS SOVIETS EN 1917

*Un texto inédito de John Reed*

*John Reed, periodista norteamericano de gran talento, de los mejores de su país, visitó la Rusia soviética por varios meses en compañía de su mujer, también ella escritora notable. De vuelta en los EE. UU., John Reed publicó sus impresiones de la Rusia bolchevique, las que, debido a su objetividad y a su imparcialidad, causaron una enorme sensación. El trabajo que presentamos (y que traducimos de la versión francesa) presenta una imagen vivida y realista del modo de funcionar del régimen de los soviets. Sería superfluo subrayar su inmenso valor documental.*

*Naturalmente, no resulta inútil añadir que entre los Soviets (Consejos, en castellano) de 1917 que Reed vio desarrollarse ante sus ojos, y la cáscara vacía de los "soviets" de 1974, no hay otra semejanza que la semántica. El stalinismo, justamente se desarrolló como un monstruo burocrático, jerarquizado y verticalizado, a medida que declinaba el funcionamiento de los consejos obreros. El régimen de Stalin se elevó en la Unión Soviética sobre el cadáver de la democracia obrera. El socialismo en un sólo país fue, desde*

*entonces, sinónimo de un régimen policiaco donde la expropiación de la vieja nobleza y de la burguesía realizada por la Revolución coexiste desde hace muchos años con la expropiación por la burocracia del poder político de la clase obrera.*

*El régimen de organización social que los trabajadores rusos edificaron en 1917, aparece bajo la pluma de John Reed como una demostración de la energía vital de las masas en esos raros momentos de la historia humana en que las revoluciones exhiben su inmenso poder creador.*

N. de la Red.

En el corazón mismo del coro de injurias y mentiras que se eleva en todas partes contra la Rusia de los soviets resuenan clamores horrorizados: "En Rusia no hay gobierno", "¡Allí ya no se trabaja más!", "¡Los obreros rusos no tienen ninguna organización!" Así es que contra ella la calumnias se utiliza sistemáticamente.

Como lo sabe cualquier socialista, como lo sé yo mismo —y, dado que estuve presente

durante la Revolución Rusa, puedo atestiguarlo— existe hoy en Moscú y en toda ciudad o aglomeración del país un organismo político complejo apoyado por la gran mayoría de la población y que funciona del modo más satisfactorio que se puede esperar de un gobierno popular de reciente formación.

Los obreros de Rusia, presionados por la necesidad y las exigencias de la vida, han creado una organización económica que está en camino de transformarse en una verdadera democracia obrera.

## I LA HISTORIA DE LOS SOVIETS

El Estado se fundamenta en los Soviets —o consejos— de obreros y campesinos. Estos consejos —institución característica de la Revolución Rusa— hicieron su aparición en 1905, cuando, durante la primer huelga general de los obreros, las fábricas de Petrogrado y las organizaciones sindicales enviaron delegados a un comité central.

Este comité de huelga fue llamado "Consejo de los Diputados obreros". Organizó a fines de 1905 la segunda huelga general, envió emisarios a toda Rusia, y, durante un breve plazo, fue reconocido por el gobierno imperial como el órgano oficial y autorizado de la clase obrera revolucionaria.

Con el fracaso de la revolución de 1905, parte de sus miembros emprendió la fuga, mientras el resto era enviado a Siberia. Pero este tipo unitario de organización, se demostró tan extraordinariamente eficaz como organismo político que todos los partidos revolucionarios incluyeron el Consejo de Diputados obreros en su programa para el próximo levantamiento.

En marzo de 1917, cuando el Zar abdicó, el gran duque Miguel renunció al trono y la endeble Duma fue forzada a tomar las riendas del gobierno por la Rusia agitada como un mar enfurecido, el Consejo de Diputados obreros resurgió totalmente reestructurado. En pocos días se amplió de modo tal de comprender también a los delegados del ejército y se lo denominó "Consejo de los Diputados de Obreros y Soldados". El Comité de la Duma, por su parte, se componía —con la sola excepción de Kerensky— de burgueses, y no tenía relación alguna con las masas revolucionarias.

Pero había que combatir, había que restablecer el orden, había que defender el frente. Los miembros de la Duma no sabían como cumplir con estas múltiples tareas; se vieron obligados a recurrir a los representantes de los obreros y los soldados, es decir a los Soviets. Estos tomaron parte de la acción revolucionaria, del trabajo de coordinación entre los distintos sectores de la actividad y del mantenimiento del orden. Y además asumieron la responsabilidad de

defender a la Revolución contra la traición burguesa.

En el mismo momento en que la Duma se vio constreñida a apelar a los Consejos, comenzaron a coexistir en Rusia dos organismos gubernamentales. Vivieron en mutua competencia hasta noviembre de 1917, fecha en que los Soviets, bajo la dirección de los bolcheviques, derribaron al gobierno de coalición.

Como ya he dicho, por entonces los Soviets se componían de obreros y de soldados; poco después se constituyeron Soviets de campesinos. En la mayor parte de las ciudades, los Soviets de obreros y soldados se unieron, y tuvieron su Congreso provisorio. Por el contrario, los Soviets de campesinos, fueron mantenidos aparte por los elementos reaccionarios que los dirigían, y no se unieron a los obreros y soldados sino después de la Revolución de Octubre y la constitución del gobierno de los Soviets.

## LA CONSTITUCION DE LOS SOVIETS

El Soviet se basó directamente en los obreros de las fábricas y en los campesinos

Los Soviets de diputados soldados existieron hasta principios de 1918. Fueron abolidos tras la desmovilización del viejo ejército y el tratado de Brest-Litovsk; en ese momento los soldados fueron incorporados a las fábricas y las explotaciones agrícolas.

En los comienzos, las reglas para la elección de delegados variaban según las necesidades y la cantidad de habitantes de los distintos sitios. En ciertas aldeas, los campesinos elegían un delegado cada cincuenta votantes. Los soldados de las guarniciones enviaban un número determinado de delegados por cada regimiento, según la fuerza del mismo, pero el ejército en campaña estableció un sistema electoral diferente. De igual manera los obreros de las grandes ciudades percibieron rápidamente que sus Soviets se volvían demasiado voluminosos si no limitaban el número de representantes a uno cada quinientos votantes. Los primeros Congresos panrusos de los Soviets fueron convocados a razón de un delegado cada 25.000 votantes; pero en los hechos, los delegados representaban masas electorales de distinta magnitud.

Hasta febrero de 1918, cualquiera podía votar y elegir diputados ante los Soviets. Si la burguesía hubiera exigido y organizado su representación en los Soviets, la misma le hubiera sido otorgada. Por ejemplo, durante el régimen del Gobierno Provisional, hubo una representación burguesa en el Soviet de Petrogrado: un delegado de la Unión de Profesionales Liberales, que comprendía médicos, abogados, profesores, etc.

En marzo, la constitución de los Soviets fue elaborada más a fondo y aplicada univer-

salmente.

El derecho de sufragio fue limitado:

a) a los ciudadanos de la República socialista rusa que hubieran cumplido 18 años al momento de las elecciones.

b) a todos aquellos que se ganaran la vida con un trabajo productivo y útil para la sociedad y fueran miembros de organizaciones sindicales.

Estaban privados del derecho al voto:

a) aquéllos que emplearan trabajo de otras personas en su propio beneficio.

b) aquéllos que vivieran de una renta no ganada por su trabajo.

c) los comerciantes y los agentes del comercio privado.

d) los miembros de las comunidades religiosas.

f) los miembros de la antigua familia reinante.

g) los deficientes mentales.

h) los sordomudos.

i) los condenados por delitos infamantes, y

j) los agentes de empresas lucrativas.

En lo que se refiere a los campesinos, mil enviaban un representante al Soviet del Volost, o aldea; los Soviets de los Volosts enviaban delegados al Soviet de distrito que, a su vez, enviaba otros al Soviet del Oblast o provincia. Para participar del mismo se eligen igualmente delegados de los Soviets obreros de la ciudad.

El Soviet de Diputados de obreros y de soldados de Petrogrado, en plena actividad cuando me encontraba en Rusia, puede ofrecer un ejemplo del funcionamiento de la organización gubernamental urbana del estado socialista. Estaba formado por alrededor de 1.200 delegados y, en circunstancias normales, tenía una sesión plenaria cada dos semanas. Al mismo tiempo, designaba un "Comité Ejecutivo Central" de 110 miembros electos sobre la base de la representación proporcional de los partidos; este Comité Ejecutivo Central invitaba a participar de su labor a miembros del Comité Central de todos los partidos, del Comité Central de los sindicatos por profesión, a comisiones de fábricas y a otras organizaciones democráticas. Existían junto al gran Soviet de la ciudad, además, Soviets barriales constituidos por los delegados de cada barriada al Soviet de la ciudad vecina y responsables de la administración de su sector urbano. Naturalmente, en ciertos barrios no había fábricas, y, por lo tanto, tampoco gobierno; y no había representantes de estos barrios en el Soviet de la ciudad ni en el barrial. Pero el sistema de los Soviets es extremadamente flexible, y si los cocineros o los mozos de café, la gente del lugar o los empleados domésticos o aún los cocheros de estos barrios se organizaban y exigían ser representados, los delegados los aceptaban.

La elección de delegados se funda en la representación proporcional, lo que significa que los partidos políticos son representados en relación al número de votantes de la ciudad; de tal manera se vota por un partido y por un programa político, y no por la persona de los candidatos. Estos son designados por el Comité Central del partido político y se los puede substituir por otros miembros del partido. Además, los delegados no son elegidos por un período determinado, sino que son susceptibles de ser revocados en cualquier momento.

Jamás se ha creado un cuerpo político tan flexible y que responda de tal manera a la voluntad popular. Y esto se hacía mucho más necesario por el hecho de que durante una revolución la voluntad popular cambia muy rápidamente. Un ejemplo entre otros: durante la primer semana de diciembre de 1917 tuvieron lugar ciertas manifestaciones en favor de la Asamblea Constituyente, es decir contra el poder de los Soviets. Algunos guardias rojos irresponsables tiraron contra una de éstas columnas y causaron algunos muertos. La reacción frente a ésta violencia estúpida fue inmediata: *en doce horas, la composición del Soviet de Petrogrado fue modificada*; más de una docena de diputados bolcheviques fueron depuestos y reemplazados por mencheviques. . . No se necesitaron más que tres semanas para calmar el resentimiento público y permitir la convocatoria y reintegración progresiva de los bolcheviques.

## EL ESTADO DE LOS SOVIETS

Por lo menos dos veces por año llegan de toda Rusia delegados al Congreso panruso de los Soviets. En teoría, se eligen estos delegados por elecciones populares directas a razón de uno cada 125.000 votantes en la campaña y de uno cada 25.040 en las ciudades. Pero en la práctica se los elige sólo entre los miembros de los Soviets provinciales y urbanos. Una sesión extraordinaria del Congreso puede ser convocada en cualquier momento a pedido del Comité Ejecutivo Central panruso o de los Soviets, si los demandantes representan un tercio de la población obrera de Rusia. Este Congreso se compone de alrededor de dos mil delegados. Se reúne en la capital como Gran Soviet y delibera sobre los puntos esenciales de la política nacional. Elige un Comité Ejecutivo Central, similar al Comité Central del Soviet de Petrogrado, que convoca por invitación a los delegados de los Comités Centrales de todas las organizaciones democráticas.

Este Comité Ejecutivo Central de los Soviets de toda Rusia se ha desarrollado de tal manera que puede decirse que es el Parlamento de la República Soviética. Se compone de cerca de trescientos cincuenta y cinco



miembros. Entre cada sesión del Congreso panruso, es la autoridad suprema, pero su acción está circunscripta a la línea fijada por el último Congreso; es absolutamente responsable por todos sus actos hasta el Congreso siguiente.

El Comité Ejecutivo Central elige de su seno once comisarios que serán los jefes de los comités de que dependen. Estos comisarios eligen a su vez un jefe o presidente. Cuando se constituyó el gobierno, este jefe ha sido Nicolás Lenin. Si su dirección no fuera aprobada, Lenin podría ser revocado en cualquier momento por la delegación de la masa del pueblo o, al cabo de pocas semanas, directamente por el pueblo ruso mismo.

La función principal de los Soviets es la defensa y la consolidación de la Revolución. Expresan la voluntad política de las masas panrusas, sino también en cada una de sus sedes, donde su autoridad es prácticamente suprema.

Esta descentralización es efectiva porque son los Soviets locales quienes generan el gobierno central y no a la inversa. Pero a pesar de la autonomía local, los decretos del Comité Ejecutivo Central y las órdenes de los comisarios tienen fuerza de ley para todo el país. En efecto, en la República de los Soviets no son los intereses regionales o grupales los que se deben salvaguardar, sino la causa de la Revolución, que es la misma en todos lados.

Algunos observadores mal informados, en su mayoría intelectuales de clase media, repiten sin cesar que están a favor de los Soviets pero contra los bolcheviques. Esto es un absurdo. Es cierto que los Soviets son los organismos representativos más perfectos de la clase obrera, pero son también los instrumentos de la dictadura del proletariado a la que, como es evidente, se oponen los partidos antibolcheviques. Por lo tanto la medida de la adhesión del pueblo a la política de la dictadura proletaria no la da sólo el número de miembros del Partido Bolchevique o Partido Comunista, sino también el desarrollo y la actividad de los Soviets locales en toda Rusia.

El ejemplo más decisivo de esto lo dan los Diputados campesinos que no se han colocado a la cabeza de la Revolución y cuyo interés primordial y exclusivo fue la confiscación de la gran propiedad.

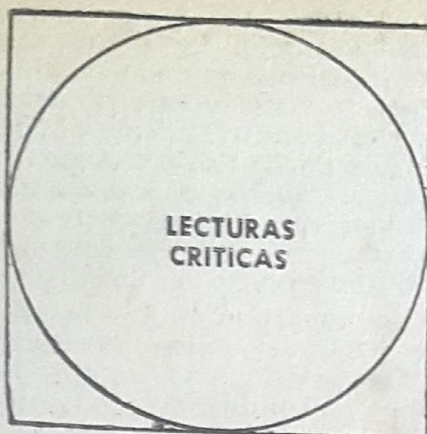
Desde un principio, el Soviet de Diputados campesinos no ha tenido prácticamente otra función que la de resolver la cuestión de la tierra. El fracaso de la solución que dio el gobierno de coalición se debía a que los campesinos dirigieron su atención a los aspectos sociales del problema, impulsados por la propaganda continua del ala izquierda del Partido Social revolucionario, por los bolcheviques y por los soldados revolucionarios que retornaban a las aldeas. El partido tradicional de los campesinos es el par-

tido Social-revolucionario. La gran masa inerte de la población de los campos, cuyo único interés era la tierra y que no tenía psicología combativa ni iniciativa política, no quiso saber nada de los Soviets. Pero los campesinos que participaron de los Soviets se hicieron rápidamente a la idea de la dictadura del proletariado, convirtiéndose en apoyo activo del gobierno de los Soviets.

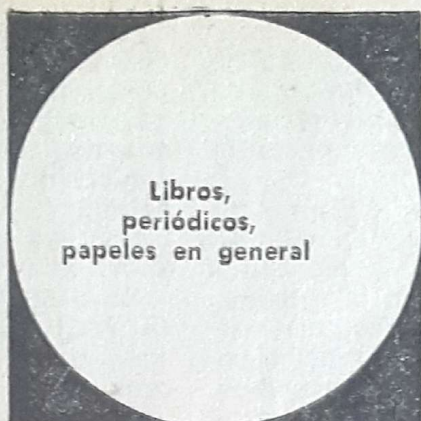
En la oficina del comisario de Agricultura, en Petrógrado, había un mapa de Rusia marcado con alfileres de cabeza roja, indicando cada uno un Soviet de diputados campesinos. Cuando vi por primera vez este mapa colgado en el viejo local de los campesinos, las marcas rojas estaban desperdigadas aquí y allá sobre una enorme extensión y su número no aumentó durante algún tiempo. En los primeros ocho meses de la Revolución hubo provincias enteras en que los Soviets campesinos no existían más que en una o dos grandes ciudades e igualmente en algunas pocas aldeas. Pero tras la Revolución de Octubre se pudo ver cómo toda Rusia se teñía de rojo, y, poco a poco de aldea en aldea, de comité en comité, de provincia en provincia, se propagó la idea de la formación de los Consejos campesinos.

Cuando se dio la insurrección bolchevique, hubiera sido posible elegir una asamblea Constituyente con una mayoría contraria a los Soviets. Un mes más tarde, hubiera sido imposible. He asistido a tres Congresos panrusos de campesinos en Petrógrado. Los delegados presentes eran social-revolucionarios de derecha. Se reunían (y tenían siempre reuniones muy agitadas) bajo la presidencia de conservadores del tipo de Avksentiev o de Heshkanov. Pocos días después giraron a la izquierda, cayendo bajo la dirección de pseudo radicales como Chernov. Algunos días más tarde, la mayoría se volvió extremadamente radical y se eligió para la presidencia a María Spiridovna. Fue entonces que se separó la mayoría conservadora, conformando un Congreso de disidentes que poco después se redujo a la nada, en tanto el cuerpo principal había enviado delegados al Instituto Smolny para unirse a los Soviets. Las cosas siempre dieron así. No olvidaré jamás el Congreso campesino que tuvo lugar a fines de noviembre. Chernov luchó por la dirección y fue vencido. Entonces se produjo un hecho maravilloso. Una gran procesión de trabajadores de la tierra se dirigió hacia el Smolny. Atravesó cantando las calles cubiertas por la nieve, desplegada la bandera roja, crujiente al viento glacial del invierno. Era una noche oscura. En el Smolny centenares de obreros esperaban para recibir a sus hermanos campesinos y, en la penumbra, las dos columnas avanzaron una hacia la otra y se encontraron; cayeron unos en los brazos de los otros derramando lágrimas y dando gritos de alegría.

(Concluye en el próximo número)



## LECTURAS CRITICAS



## Libros, periódicos, papeles en general

UN CIPAYO EN MEXICO. Revista "Solidaridad", N° 115, 1974, México.

En el número 115 de la revista "Solidaridad" nos hemos encontrado con un artículo firmado por un tal Eduardo St. Parra (esperamos que la alusión a la santidad de la parra sea más que una casualidad y que el mencionado periodista haya estado borracho en el momento de escribirlo), que se contradice, de un modo flagrante y lamentable, con la línea general de esa revista, que "en casa propia" practica una bien entendida solidaridad con los sectores más combativos del movimiento obrero.

El artículo, titulado "La guerra de las montoneras", no es de ningún modo un relato histórico sobre la heroica acción de mujeres como Martina Chapanay, sino un trabajo político actual, que intenta demostrar, y explicar al público de México, las siguientes tesis principales: (1) La guerrilla en Argentina no es objetivamente contrarrevolucionaria: antes bien, es el motor de todos los grandes cambios revolucionarios habidos en nuestro país desde 1955 hasta 1973; (2) Los dirigentes sindicales de vieja extracción peronista, y no enrolados en la JTP, son todos muy mala gente; (3) Lanusse dio elecciones porque la guerrilla lo obligó, y el cordobazo fue importante sólo para preparar guerrilleros; (4) Los países de Indochina, Argelia, Cuba y la Argentina son más o menos lo mismo, y si allí triunfaron los guerrilleros (tesis un poco esquemática, creemos), aquí también pueden hacerlo; y (6) Los montoneros representan al pueblo, y son más populares que cualquier otra ala del peronismo. Al respecto, parece que el Sr. Parra, que escribía en México en mayo de este año, no se había enterado aún de que ese pueblo había observado con hostilidad el abandono de la Plaza por los grupos gorilizados de la Juventud Peronista el 1º de ese mismo mes.

Pero todo eso es cosa sabida. Lo que realmente importa de ese artículo es la peregrina tesis de que "Los gobiernos... de Onganía... y Levingston... actuaron ciegamente, contribuyendo... a demostrar que el avance de las organizaciones del pueblo es más im-

petuoso en aquéllos regímenes donde no existen posibilidades de liberar las tensiones que genera la opresión", y que Lanusse examinó el fracaso de la Revolución "Arconsecuencia con la realidad." Lo "gentina" desde un "ángulo más en que Don St. Parra nos dice aquí es, para hablar claro, que Lanusse, al dar elecciones, intentaba, y, obviamente, si la premisa anterior es cierta, lograba, desbaratar el avance de las fuerzas populares, o, para ser más claros aún: el 11 de Marzo y el 23 de Setiembre fueron derrotas populares, antes que victorias, y todo lo demás es pura charlatanería.

Es muy curioso observar que el Sr. Parra reproduce la cándida creencia del anarquismo finisecular: lo peor será lo mejor; la acción directa sirve como ejemplo en la aceleración de la historia; los regímenes políticos y sus hombres representativos son meros reflejos de criterios morales o inmorales. Suprimir a un mal hombre, es mejorar la actividad histórica, sea el victimado un general o un sindicalista o un policía. Esta impotencia intelectual del nihilista pequeño burgués, lo lleva y lo ha llevado siempre a servir las necesidades de las grandes clases serias: el imperialismo y las oligarquías internas. La lógica conclusión de tales premisas es desconocer el poder creador de las masas y en el mejor de los casos, incurrir en el blanquismo. Pero la diferencia entre estos teóricos o prácticos de los "montoneros" y Augusto Blanqui, reside en que Blanqui era un revolucionario que conspiraba contra la burguesía explotadora en el poder y estos otros son conspiradores contra el régimen que las mayorías populares han elegido.

LA CUESTION JUDIA, por Carlos Marx, Bruno Bauer, Abraham León y otros. Ediciones Heraclito, Buenos Aires, 1974. 234 págs.

La desmembrada Alemania de mediados del siglo XIX sufría de todas las rémoras derivadas del predominio de los señores feudales en los minúsculos estados germanos, paradójica garantía del triunfo y la vitalidad indiscutida del capi-

talismo francés o inglés de la misma época. Uno de esos lazos con el pasado era la situación de la comunidad judía, que soportaba enorme cantidad de restricciones debido a su condición de tal. La judería alemana nada tenía que ver con la francesa, la inglesa o la de los Países Bajos. Estas se habían integrado, en general, a la sociedad circundante, y la burguesía gentil la acogía en su seno sin mayores problemas de fe. Tampoco era la suya una situación como la de los judíos polacos o rusos, y menos aún la de los de Lituania, viejas comunidades empobrecidas de pequeños artesanos o de *luftmenschen*, que apenas si podían residir en territorios especialmente asignados, que aún debían responder por los crímenes de asesinato ritual de vez en cuando, y que, por lo demás y en especial en el caso lituano, se encerraban en el misticismo jasídico.

En lo que más tarde sería Alemania los judíos gozaban de una extraña posición intermedia, no menos ambigua que la que los Estados alemanes ocupaban en el mundo moderno. Las luchas por su emancipación eran tema de todos los días, y un sentimiento humanitario recorría las fibras de toda la intelectualidad alemana cuando se hacía referencia al problema judío. Pero, en general, los criterios sentimentales no llevaban a buenos resultados. A veces, hasta judíos había que llegaban a decir cosas como esta: "El judío converso sigue siendo judío por más que lo niegue... el tipo racial judío es indestructible... las narices judías no son reformables y las negros ondas del judío no se hacen lacias por más que se las peines". ¿Sturmer? ¿Mein Kampf? No, se trata de *Roma y Jerusalem*, de Moisés Hess, uno de los clásicos del sionismo, quien alguna vez había sido propuesto para la redacción del Manifiesto Comunista y era judío...

Bruno Bauer atacará el problema de un modo absolutamente distinto: lo que llevaba a los Moisés Hess de ayer y de hoy a semejantes polos de irracionalidad era creer que el problema judío estaba aislado del resto de las cuestiones humanas. Bauer revierte esa concepción, y la crítica con brillante ironía y gran sarcasmo, demoliéndola definitivamente. Pero Bauer pagó tributo a su idealismo: su obra no atacó más que el flanco religioso de la cuestión, lo que, unido a su convicción del efecto liberador de la crítica ("los privilegios ceden (hoy) bajo los golpes de la crítica", dice), quita gran parte de la fuerza explosiva inherente a la aproximación que considera que "la cuestión judía no es más que una parte de la gran cuestión universal que nuestro tiempo se empeña en resolver."

Karl Marx, en sus dos célebres ensayos de crítica a Bauer, profundiza el cauce abierto por éste, pero demuestra que el problema no es

religioso sino social. Quien quiera modificar la situación de los judíos deberá modificar el mundo. De esa manera, el joven filósofo utiliza el problema judío puesto sobre sus pies ("no el judío sabático", dice, "sino el judío cotidiano con el capitalismo, y así decir que se debe liberar al mundo del judaísmo para liberar a los judíos, frase que no deja de pecar de oscura debido al gusto del joven Marx por el epigrama. Sin leer la obra de Bauer, es fácil equivocarse en la interpretación de la de Marx.

Pero el trabajo de Marx no puede ser tomado como un estudio histórico exhaustivo, ni puede tener carácter definitorio. Miles de interrogantes carecían de respuesta para quien se aproximara a la cuestión judía a fin de extraer una guía práctica para la acción en tiempos y lugares determinados, guiándose sólo por los escritos del filósofo y revolucionario alemán. Cuando el nazismo en el poder comenzó su tarea de "limpiar Europa de judíos", el famoso epigrama del socialismo tradicional ("el antisemitismo es el socialismo de los estúpidos") se demostró insuficiente y trágicamente inútil. Había que profundizar en la cuestión, había que entender las causas de la barbarie antisemita nazi, había que encontrar una explicación racional, opuesta a la mística, a la del sionismo, que pudiera ser ofrecida a los judíos del mundo entero y que pudiera generar una bandera revolucionaria ante lo que parecía la más clara demostración de que el problema judío escapaba a las explicaciones racionales. Parecía imposible que, en la nación de Heine, de Marx, de Born, de Einstein, judíos alemanes todo ellos, que proclamaban su pertenencia a la nación alemana y se negaban a aceptar la existencia de una nacionalidad judía por encima de Alemania, pudiera haber sucedido eso.

Es así que en plena guerra, mientras organizaba la resistencia clandestina de Bélgica, un joven revolucionario judío que había pasado por el sionismo, Abraham León, ahondaría en el problema que Marx había tomado más como pretexto para elaborar una crítica general a la sociedad capitalista, que como punto central de sus tesis. León encontraría la respuesta del marxismo revolucionario al problema judío, y la desarrollaría en su "Concepción materialista de la cuestión judía", donde demuestra que el problema judío es reducible a una categoría fundamental: la del pueblo-clase. En su obra, León prevendría también contra la creación de un Estado Judío en Palestina, que se vería inexorablemente obligado a enfrentar a los árabes y a depender del imperialismo de turno.

Pero los alemanes no habían sido los únicos en dar nuevas alas a la creencia de que el problema judío era irresoluble en los términos en que se podrían resolver to-

dos los otros problemas de la humanidad. La burocracia soviética no vaciló en utilizar los métodos más repugnantes para llevar a cabo su política, cuyo único objetivo era y es seguir gozando de su posición privilegiada en el seno de la URSS. Así es que, tras haber sido enterrado en 1917, el fantasma del antisemitismo resurgiría en la patria de Lenin. La Década Infame operaba la resurrección de los muertos. León Trotsky, uno de los destinatarios centrales de la ola antisemita, explicó a grandes rasgos qué razones tenía la burocracia para desatar esa ola inmundada, demostrando que, tanto en los países en transición al socialismo como en los que aún soportan el régimen capitalista, la suerte de los judíos siempre está ligada al triunfo de la revolución. La libertad de los judíos soviéticos es un grave problema, pero no lo es menos la de las demás nacionalidades aún discriminadas por la burocracia, que hace revivir el chauvinismo gran ruso en la antigua Federación.

La explicación clara, documentada y definitoria del problema judío en la URSS está quizás por hacerse, pero no se puede negar el aporte que sobre el tema ha realizado Isaac Deutscher. Profundo conocedor de la URSS, Deutscher no necesita presentación en ese sentido. Pero lo que no todos saben es que el revolucionario e historiador polaco se había recibido de rabino a los trece años. Isaac Deutscher, en efecto, fue uno de los más brillantes hijos de ese mundo hoy muerto, arrasado por la II Guerra Mundial, que conformaban las comunidades judías de Europa Oriental.

Su mayor grandeza, quizás, consiste en haber podido trascender el marco asfixiante de la especulación mística, del Tanaj y la Mishné. La personalidad de Deutscher, como él mismo lo dice, es judía en el hecho mismo de trascender al judaísmo. Lo antedicho le da méritos suficientes para escribir sobre la cuestión judía en la URSS, tema sobre el cual, en efecto, su contribución es inestimable, más aún teniendo en cuenta que proviene de alguien tan dotado de coraje intelectual como para reconocer públicamente que el haber sido "amigo de Israel" fue un error, proveniente del peso abrumador que fue para él la masacre judía en Europa. Es lógico, pues, que el volumen que presenta Heráclito concluya con un escrito de este autor.

#### RICARDO TUDELA, POETA DESDE EL MUNDO

El poeta mendocino Ricardo Tudela acaba de ver editado su último libro: "Los ángeles materiales". El mismo recopila poemas

suyos escritos entre 1971 y 1973, y refleja sus grandes valores. Tudela es un poeta fervoroso y dolientemente humano. Canta desde los Andes, y, como él mismo lo dice (y con orgullo) su Mendoza vive en sus poesías. Tudela es mundial desde Mendoza, su mundo es todo el mundo, pero, a diferencia de otros poetas, tiene un punto de mira, vive en algún lugar de ese mundo que le permite asentarse sobre la tierra y después cantar. Aún al mar, Tudela le canta desde Mendoza; canta a América, pero se nota que canta a su América, esa vertebrada por el Andes omnipresente en su poesía. Sus poemas salen, como él dice, de sus huesos, y demuestran que "el mundo desvertebrado, escarificado, trágicamente envuelto en torbellinos de miseria, horrores e injusticias, es un mundo henchido e irradiante de poesía." Porque, y Tudela nos lo dice con sus cantos, la poesía no necesita alisarse de la miseria y del horror para serlo: es un acto de amor, y él está henchido de un amor muscular por su mundo y por su tiempo.

Ricardo Tudela es un poeta con toda la garra, la pasión, y el amor que caracterizan a los maestros de ese arte. Su poesía sale a borbotones a veces, suave y placentera otras (las menos), y canta a todo lo que le sale al paso: desde el vendaval que lo llama para destruirlo desde su propia sangre hasta nuestra América, nada escapa a su pasión. Y con su inigualable maestría transforma este mundo nuestro, tal como es, tan aparentemente enemigo de toda poesía, en el manantial de una poesía enamorada, rabiosamente enamorada de su época. Y con eso basta para definir a Tudela como grande de nuestras letras.

#### EL ROSISMO Y LA PUREZA DE LA HISTORIA

El diario "La Gaceta" de Tucumán, publicó con fecha 21 de julio de 1974 un artículo del historiador rosista Ramón Leoni Pinto, referente al Plan de Operaciones de Mariano Moreno. Siempre son interesantes las opiniones del rosismo sobre el Secretario de la Junta de Mayo, e instructivas también: si bien los juicios de valor difieren, la caracterización política de nuestro primer jacobino no varía; para ambas corrientes históricas oligárquicas es una especie de agente inglés.

Pero esta vez, Leoni Pinto no apunta a Mariano Moreno: su trabajo intenta polemizar con la corriente revisionista que reivindica la autenticidad del Plan Revolucionario de Operaciones, a la que define genéricamente como "intérpretes de nuestro pasado paradójico."

camente enrolados en la izquierda revolucionaria", que intentan descubrir en Moreno un "revolucionario *avant la lettre*."

Llevado por su santa ira contra la izquierda revolucionaria, Leoni Pinto se ve obligado a decir, ahora que la autenticidad del Plan está fuera de toda duda, que sus prerequisites económicos son falsos: para lograrlo debe desgajar del Virreynato las provincias del Alto Perú, quitar al proyecto de Moreno toda validez continental, y afirmar que de todos modos éste no desconocía la realidad del momento, y que cuando demostró conocerla, "concibió una política librecambista, contraria a la propugnada en el cuestionario del plan" destinado para colonia!

## RELECTURAS

G. D. H. COLE, "*Historia del Pensamiento Socialista*", Fondo de Cultura Económica, México, 1962. Siete tomos.

Empezaremos con la conocida obra de Cole. Se trata, como es sabido, de una empresa intelectual muy estimable, de grandes proporciones y que por tal razón se clasifica como "obra de consulta". Con siete tomos a cuestas, no es para leer en el ómnibus. Justamente, por la fama del autor, su condición de escritor inglés, el sello editorial y las proporciones de la obra, es que resulta útil puntualizar algunos errores de interpretación en que incurre Cole al referirse a los problemas de la Argentina y de América Latina.

En el tomo VI, al referirse al alejamiento de Manuel Ugarte del Par-

tido Socialista de la Argentina, con motivo de la polémica entablada alrededor de la significación de la separación de Panamá por la intervención de Estados Unidos sobre Colombia, Cole afirma que: "Ugarte se separó del Partido Socialista 'a la cabeza de un pequeño grupo nacionalista'". Luchar por el socialismo a la condición de una nación semi-colonial que se resiste a ser descuartizada por el imperialismo, para Cole no es socialismo sino nacionalismo. Como el historiador es el ciudadano de una nación constituida, que además se da el lujo de sofocar el nacionalismo ajeno, se divide con el Imperio las tareas: los imperialistas británicos aplastan a los nacionalistas bajo su control; y los socialistas de Inglaterra, expulsan a los socialistas coloniales del pensamiento socialista, reduciéndolos a la desprestigiada calificación de "nacionalistas".

En cuanto a la importancia que dedica a la Argentina, baste decir que describe a la conocida escisión ultra-cipayaya-conservadora dirigida por Federico Pinedo y Antonio De Tomaso, que se apartó del Partido Socialista en 1927, como sosteniendo que la política oficial de dicho partido, inspirado por Juan B. Justa "no era suficientemente nacionalista". Esta distracción del profesor no es menos llamativa que calificar a Hipólito Yrigoyen como "presidente liberal".

En el tomo VII encontramos otra perla: "Fuera de México y Chile, el único país de América Latina que a fines de los treinta estaba gobernado por un régimen con cierto derecho a llamarse democrático, era Colombia, que gozaba de un largo período de gobierno constitucional liberal, que duró hasta 1949. En los demás países de América Latina habían logrado instalarse en

el poder una serie de dictadores: Trujillo en la República Dominicana y Getulio Vargas en el Brasil en 1930, Jorge Ubico en Guatemala en 1931, Tiburcio Arias en Honduras en 1933 y los coroneles Toro y Busch en Bolivia en 1937."

¿Qué les parece? El erudito autor no nos ha ahorrado una sola fecha, pero tampoco un error conceptual por cada "dictador". Colombia, ¿paradigma de "régimen democrático"? Alianza entre terratenientes conservadores y católicos, entre comerciantes liberales y librepensadores, entre el puerto y el interior, entre la hacienda y la tienda, acordes todos en hacer de Colombia la República de Santander y una factoría exportadora de café, a ese régimen oligárquico bañado en la sangre campesina, llama Cole un "régimen democrático". Que puede asombrarnos de autor semejante cuando mete en un mismo saco a Ubico y Trujillo que a Getulio Vargas y Busch? No sabe Cole, abrumado de documentos y de té de Ceylán, que tanto Getulio como Busch se suicidaron en sus respectivos despachos presidenciales de Río de Janeiro y de La Paz aislados y jaqueados por el imperialismo? No merecía esta infortunada América Latina una actitud más científica, más atenta, más responsable de estos autorizados profesores, orgullos de sus metrópolis y de sus "Roast beef" importados? De estos maestros salieron los Juan B. Justos y de los Juan B. Justos salieron toda la cría cipayaya y aci-payada de la izquierda rioplatense. Es cierto que hoy tales grupitos invocan prestigiosos manes de revolucionarios remotos, pero se distinguen, al oírlos y verlos en el metal de la voz y bajo la fiera piel de León apollillada, al corderito inglés amamantado por Cole.

# El Año de la Peste

(Continuación)

caso, los militares no trabajarían para Balbín. Entonces, ¡adiós 1977! De modo que Balbín se ha compuesto un estómago de hierro y traga todo cuanto ocurre como si el menú del gobierno fuera pura sopita liviana.

Digamos adiós a este funesto 1974. Afir-memos nuestra confianza en la clase obrera, en el pueblo argentino, en las masas inmen-sas que cambian el rumbo de la historia. Al fin y al cabo, nosotros, que hemos votado a la fórmula Perón-Perón, y que no votamos a Cámpora porque ésa fue la fórmula que

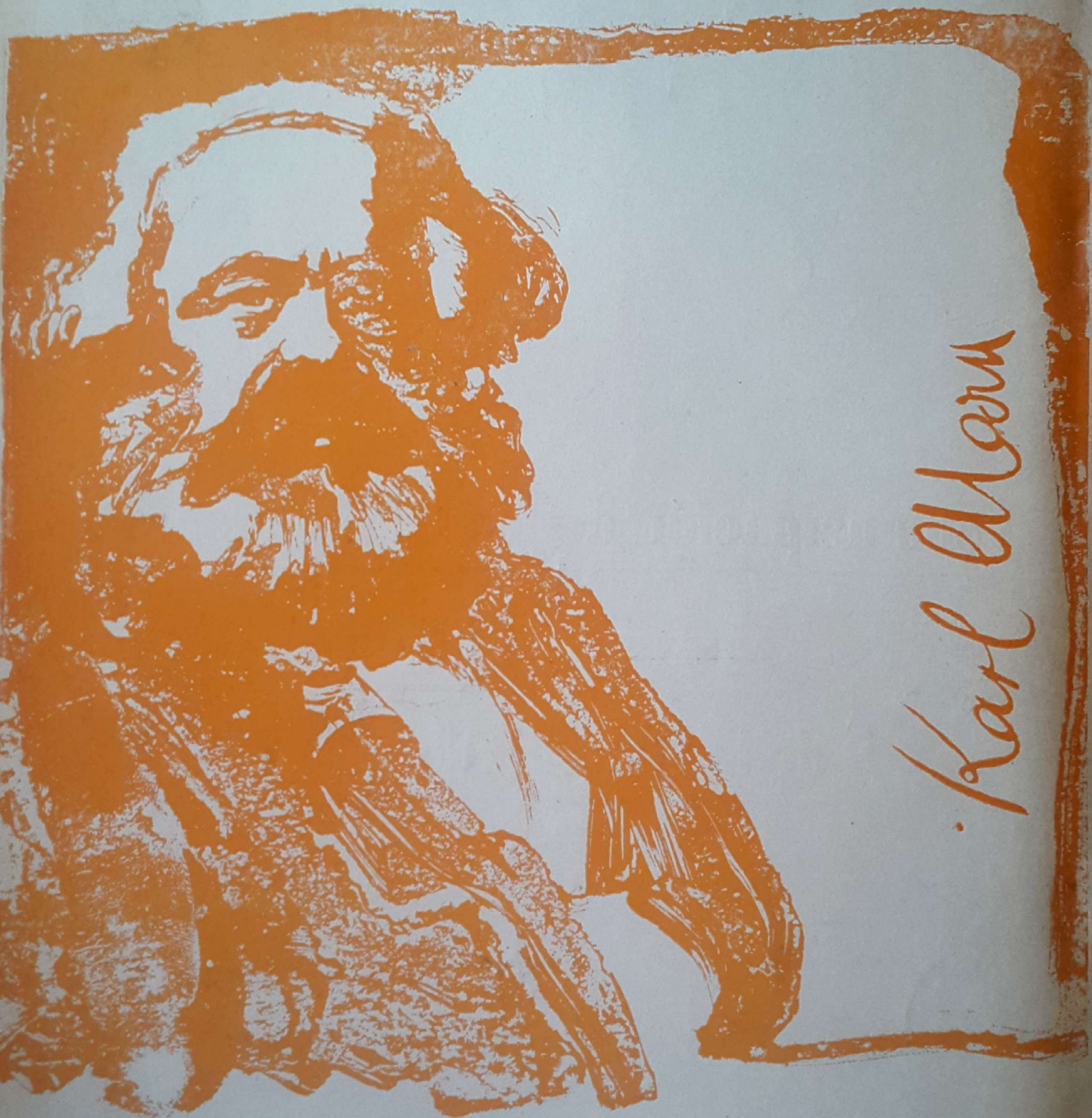
impuso Lanusse al proscribir a Perón, no estamos comprometidos con este gobierno, sino con la revolución nacional y con los trabajadores. Sostendremos este gobierno porque es el resultado de un paso hacia adelante que el país dio hace un año y medio; pero no suscribimos los pasos atrás que este mismo gobierno esté dispuesto a dar para sobrevivir. Porque sobrevivir, no es vivir; y los argentinos quieren vivir, es decir, irrumpir al futuro y construir una nueva so-ciedad. La palabra socialismo posee ese significado. Que el año aciago de la peste sea olvidado. Tierra sobre él y eterna me-moria para los grandes argentinos que en él murieron.

La emancipación de los trabajadores

ha de ser obra

de los trabajadores mismos.

**MARX**



*Karl Marx*

Dibujo por Garibaldi

Precio del Ejemplar: \$ 800